

# ANALES DEL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA

XVI/2014



Separata

El Museo  
Antropológico  
del doctor Velasco  
(anatomía  
de una obsesión)

Luis Ángel Sánchez Gómez

Catálogo de publicaciones del Ministerio: [www.mecd.gob.es](http://www.mecd.gob.es)  
Catálogo general de publicaciones oficiales: [publicacionesoficiales.boe.es](http://publicacionesoficiales.boe.es)

Edición 2014

Consejo de redacción  
M.<sup>a</sup> Dolores Adellac Moreno  
Patricia Alonso Pajuelo  
Julio González Alcalde  
Ana López Pajarón  
José Luis Mingote Calderón  
Inmaculada Ruiz Jiménez  
Fernando Sáez Lara  
Francisco de Santos Moro  
Belén Soguero Mambrilla

Coordinación  
Patricia Alonso Pajuelo  
José Luis Mingote Calderón



MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA  
Y DEPORTE

Edita:

© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA  
Subdirección General  
de Documentación y Publicaciones

© De los textos e imágenes: sus autores

NIPO (electrónico): 030-14-207-5  
ISSN: 2340-3519

NIPO (Impresión Bajo Demanda): 030-15-021-0  
ISBN (Impresión Bajo Demanda): 978-84-8181-591-7

# El Museo Antropológico del doctor Velasco (anatomía de una obsesión)<sup>1</sup>

**Luis Ángel Sánchez Gómez**

Departamento de Prehistoria, Facultad de Geografía e Historia  
Universidad Complutense  
langel@ghis.es

**Resumen:** El objetivo del artículo es revisar la historia del Museo Antropológico (1875-1887). Tras analizar las circunstancias que conducen al doctor Velasco a su creación, se estudian las salas de exposición, las colecciones originales y los proyectos académicos y políticos que su propietario trata de articular en torno al centro. Comprobaremos que, pese a la falta de sistematización de la mayor parte de las colecciones no anatómicas, el museo fue mucho más que un simple depósito de fetos monstruosos y curiosidades.

**Palabras clave:** Museo Antropológico, Museo Velasco, Museo Anatómico, Museo Nacional de Antropología, Doctor Velasco, Historia de la Antropología, Historia de la Anatomía, Gigante extremeño.

**Abstract:** The aim of this paper is to review the history of the Museum of Anthropology (1875-1887). We study the reasons and circumstances that led Doctor Velasco to found the museum, the exhibition halls, the original collections, and the academic and political projects that he tried to articulate in connection with his museum. We'll see that, despite the lack of systematization of most its non-anatomical collections, the museum was much more than a simple repository of monstrous fetuses and curiosities.

**Keywords:** Museum of Anthropology, Velasco Museum, Museum of Anatomy, National Museum of Anthropology, Doctor Velasco, History of Anthropology, History of Anatomy, Extremadura Giant.

En las páginas que siguen vamos a repasar la historia de una institución hace tiempo desaparecida, aunque su arquitectura y una muy pequeña parte de lo que fue perviven en el actual Museo Nacional de Antropología<sup>2</sup>. También sigue viva la leyenda de su creador, que habla de obsesiones anatómicas, de prácticas necrofílicas y de una hija momificada y presuntamente exhibida. Recurriendo entre otras fuentes a los escritos del propio Velasco, a los de su discí-

<sup>1</sup> Estudio integrado en el proyecto de investigación «Ciencia y espectáculo de la naturaleza. Viajes científicos y museos de historia natural», financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad (ref. HAR2013-48065-C2-2-P).

<sup>2</sup> Aunque todo el personal del Museo Nacional de Antropología me ha facilitado el acceso a cuanta información he necesitado, quiero agradecer muy especialmente su colaboración a Francisco de Santos Moro y José Luis Mingote Calderón (conservadores de colecciones); Ana López Pajarón (conservadora de documentación y archivo); María Teresa Montes Pardilla (biblioteca), e Inmaculada Ruiz Jiménez (restauración).

pulo Ángel Pulido y a la abundante información que proporciona la prensa contemporánea<sup>3</sup>, estudiaremos los contenidos del museo y los proyectos académicos y políticos que el doctor trata de poner en marcha en torno suyo. Finalmente, comprobaremos que, pese a sus muchas limitaciones, la gran creación de Velasco trasciende con mucho la anécdota morbosa y su consideración como mero almacén de curiosidades.

## 1. «El hombre que deshacía cadáveres»<sup>4</sup>

Aunque no es este el lugar adecuado para revisar la peculiar biografía del doctor, es inevitable que hagamos alguna anotación sobre nuestro protagonista. Durante casi tres décadas, el médico y anatomista Pedro González Velasco (1815-1882) es uno de los cirujanos más famosos de España. Gracias a su habilidad con el bisturí, quien fuera porquero, fraile, soldado y criado acaba convertido en un hombre inmensamente rico. Sin esta desahogada situación económica de la que disfruta, Velasco nunca habría podido hacer realidad sus proyectos museísticos. Ahora bien, sabemos que podía hacerlo, aunque para lograrlo tuviera que llegar al límite de sus posibilidades; pero, ¿por qué y para qué lo hace? (figura 1).



ENCMO. SR. D. PEDRO GONZALEZ DE VELASCO,  
 Doctor en Medicina y Cirugía, y fundador del Museo Antropológico. Nació en Valera de Hornos (Segovia), en 1815;  
 † en Madrid, el 21 de Octubre último.

**Figura 1.** Litografía del doctor Velasco, publicada con motivo de su fallecimiento (*La Ilustración Española y Americana*, 8 de noviembre de 1882, p. 277).

<sup>3</sup> La consulta de los artículos de prensa ha sido posible gracias a la magnífica Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional (<http://hemerotecadigital.bne.es>), que proporciona acceso a decenas de publicaciones en formato pdf y con reconocimiento óptico de caracteres (OCR).

<sup>4</sup> Esta es la expresión que utiliza el escritor José Fernández Bremón en una necrología del doctor publicada en *La Ilustración Española y Americana*, el 30 de octubre de 1882.

Los escritos biográficos de Pulido (1894, 1923 y 1926) y las notas que el propio González Velasco (1854 y 1864) incluye en algunos de sus escritos permiten hacernos una idea bastante clara, no sin algunas sombras, sobre su trayectoria vital y, lo que ahora más nos interesa, sobre las razones que explican su obsesión coleccionista y su empeño en construir un museo<sup>5</sup>. El factor clave es la docencia: la docencia de la medicina en general y de la anatomía en particular. Incluso antes de comenzar sus estudios oficiales de Medicina en Madrid (donde llega sin recursos en 1838 y se gana el sustento como criado), y gracias a que es aceptado como «practicante meritorio», sin sueldo, en el Hospital Militar, Velasco tiene la oportunidad de poner en práctica lo que realmente le apasiona: diseccionar cadáveres, conocer la anatomía humana de forma directa y precisa, pues considera que esta es la única vía que permite afrontar con bases sólidas la práctica quirúrgica, y la cirugía es precisamente el ámbito médico al que desea consagrar su vida. Desde ese mismo momento, finales de 1840, Velasco asume que para aprender y enseñar anatomía no basta con la lección teórica, ni con el estudio de láminas, ni siquiera con la disección más o menos apresurada de un cadáver que pronto será una pura pestilencia. Es necesario disponer de recursos docentes, numerosos y variados, que de forma eficaz y continuada permitan adentrarse en los *misterios* del cuerpo humano; en último término, es imprescindible disponer de buenos vaciados y de buenas preparaciones anatómicas. Diseccionar, modelar y desarrollar nuevas técnicas para las preparaciones son las tareas que, junto con la docencia y la atención a los pacientes, llenan la vida de Velasco. El afán por conservar y ordenar esos moldes y esas muestras anatómicas es el germen del que nace su pasión por las colecciones y los museos, pasión que pronto desborda los límites de la medicina y la anatomía y se transforma en un proyecto casi patológico de coleccionismo universal.

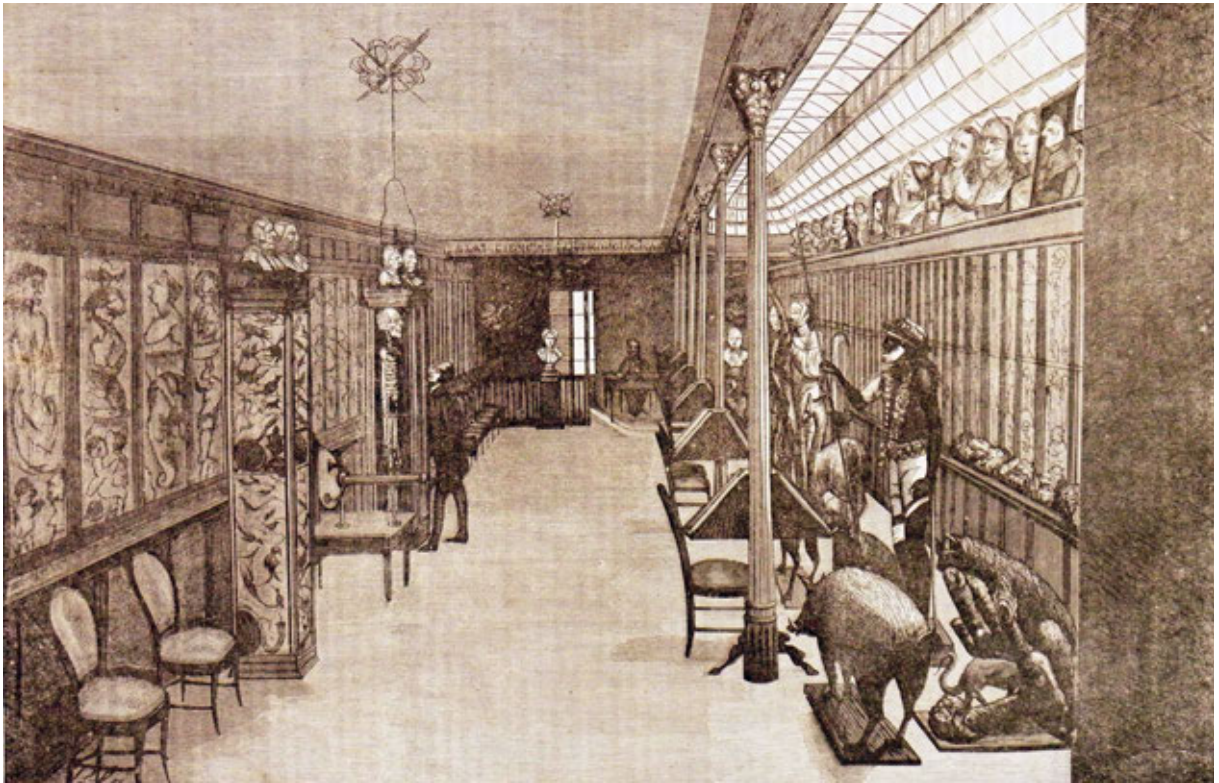
## 2. Los antecedentes

Mucho antes de inaugurar el gran edificio que todavía hoy contemplamos, el doctor Velasco pone en marcha sendos museos anatómicos en los sucesivos domicilios que habita en la madrileña calle de Atocha. El primero lo inaugura en noviembre de 1854, en el número 135<sup>6</sup>; el segundo lo instala durante los primeros meses de 1864 en el edificio de nueva planta que se hace construir en el número 90 y que aún sigue en pie, aunque con el número 92. Ambos actúan como exitoso reclamo y complemento indispensable de sus concurrenciosos «repasos» de medicina y anatomía, que le proporcionan unos ingresos nada desdeñables. Buena parte de esos ingresos los reinvierte en el propio museo, lo que conduce a que en pocos años la nueva casa también se quede pequeña para dar cabida a la incesante entrada de materiales (figura 2).

El doctor diseña nuevos planes para seguir avanzando, para emular y hasta superar a su amado Museo Dupuytren, en París. Sin embargo, en algún momento parece dudar de sus propias fuerzas. Y es que su objetivo no es ya comprar o hacerse construir una nueva casa en la que instalar un nuevo museo; ahora pretende levantar un verdadero museo e instalar en él su propia casa. Como quizás no ve claro el proyecto, la mezcla de ingenuidad y grandilocuencia

<sup>5</sup> Datos biográficos sobre Velasco, casi todos poco o nada originales, se recogen en textos posteriores a los de Pulido, firmados por Muguerra (1935-36), Benavente (1962 [1944]), Moreno (1945), Perera (1967), Cabezas (1971) y Uranga (1973). A estos habría que añadir trabajos de índole más estrictamente académica (interesados por la historia de la Medicina o la Antropología) que hacen referencia con mayor o menor detalle a su obra: Verde Casanova (1980), Arquiola (1986), Puig-Samper (1982), Puig-Samper y Galera (1983), Ronzón (1991), Romero de Tejada (1992), Porras Gallo (2002), Martín-Márquez (2003), Goode (2009), Dorado *et al.* (2010) y Valis (2011). También son útiles los artículos de Sierra Delage (1982), sobre la arquitectura del museo, y de Montes Pardilla (2013), sobre la historia de su biblioteca. Con todo, el estudio más extenso sobre Velasco es la monografía de Giménez Roldán (2012), un trabajo de gran interés que, también hay que decirlo, tiene algún error importante y nos regala un cúmulo de erratas apabullante.

<sup>6</sup> Podría estar a la altura del actual número 107, pero según parece (aunque el dato no es del todo seguro) el edificio que hoy se contempla es posterior, construido hacia 1880.



**Figura 2.** El Museo Anatómico-Patológico del doctor Velasco en el domicilio de Atocha 90 (*El Anfiteatro Anatómico Español*, núm. 36, 15 de julio de 1874, p. 150).

de que hace gala Velasco en no pocas ocasiones le lleva al extremo de plantear al nuevo rey, Amadeo de Saboya, una proposición totalmente descabellada: «construir en esta corte un museo anatómico humano comparado y de historia natural, que será de su propiedad, y cuyo coste de un millón de reales será sufragado por el Estado, comprometiéndose el mismo Sr. Velasco a pagar al Estado 4.000 duros anuales»<sup>7</sup>. Toda la prensa madrileña informa de la petición y más de un diario, como el conservador *La Época*<sup>8</sup>, muestra su extrañeza ante semejante «ofrecimiento», anotando que un museo así tendría que ser de propiedad pública y alojarse en la Facultad de Medicina, no estar en manos de un particular. Como era de esperar, el Ministerio de Fomento rechaza la solicitud. Al igual que en otras ocasiones, el contundente traspíe no arredra al doctor, más bien produce el efecto contrario: si el Estado no financia su museo, tendrá que asumir personalmente los gastos de su construcción. Y no lo duda: a primeros de marzo de 1873 comienzan las obras de explanación de su nuevo y «grandioso museo» al final del paseo de Atocha; el 16 de abril (onomástica de su esposa) se coloca la primera piedra<sup>9</sup>.

Durante el año de 1874 las obras siguen su curso, aunque lo hacen con lentitud, debido a problemas surgidos con algunos contratistas. A pesar de todas las dificultades, en octubre de ese mismo año Velasco traslada ya su «visita de pobres» a la clínica del nuevo edificio. Poco después, a finales de marzo de 1875, se ha completado la instalación de las colecciones que

<sup>7</sup> *El Imparcial*, 9 de noviembre de 1872.

<sup>8</sup> *La Época*, 9 de noviembre de 1872.

<sup>9</sup> *La Discusión*, 16 de abril de 1873. Aunque el día fue especialmente desapacible, el acto estuvo muy concurrido. En el interior de esa primera piedra Velasco introduce una caja de zinc con varias fotografías de su familia y del museo de Atocha 90, además de algunas monedas y un ejemplar de su periódico médico. Hubo discursos, se leyó un poema y se contó con la bendición de un religioso jesuita (*El Anfiteatro Anatómico Español*, 30 de abril de 1873, pp. 85-86).

se exhiben en los armarios del «salón grande». Buena parte de los demás materiales que se trasladan desde la calle de Atocha y su villa de Zarauz, los que han de ocupar el «salón pequeño» y otros espacios del museo, tardan años en ser adecuadamente ordenados; probablemente muchos no lo serán nunca.

### 3. El edificio

El proyecto es obra del arquitecto madrileño Francisco de Cubas y González Montes. Como todo lo que emprende el doctor Velasco tiene un cierto componente de dificultad; el terreno que adquiere para levantar el futuro museo tiene forma irregular y presenta, además, un notable desnivel en uno de sus lados, el que corresponde a la entonces nueva calle de Granada, actual de Alfonso XII<sup>10</sup>. Cubas resuelve la situación de forma brillante: diseña un cuerpo central que acoge el museo propiamente dicho, flanqueado por sendos edificios con fachadas, respectivamente, a la calle de Granada y el paseo de Atocha (hoy paseo de la Infanta Isabel), y aprovecha el desnivel para (sin elevar la altura) disponer de un piso más en esta última ala. El cuerpo central combina el clasicismo de su pórtico griego y una robusta estructura en piedra caliza con la modernidad de su estructura metálica, de la gran bóveda diáfana y del vidrio del lucernario. Los laterales disponen de una estructura tradicional en madera y ladrillo (enfoscado) oculta bajo un moderno diseño de orientación marcadamente ecléctica. Más allá de modas y estilos, debió de resultar incomprensible que un solo hombre, por muy adinerado que fuere, invirtiera su patrimonio en construir un palacio-museo y no un verdadero palacio-residencia, como correspondería a un burgués de su nivel<sup>11</sup>. Ciertamente es que el doctor se reserva para domicilio propio y de su esposa el piso principal del ala de Atocha, el único que dispone de balcones volados, y también es evidente que hubo de ser una vivienda cómoda y bien equipada. Sin embargo, quedaba muy alejada de las dimensiones y la ostentación propias de los palacetes contemporáneos (figuras 3 y 4).

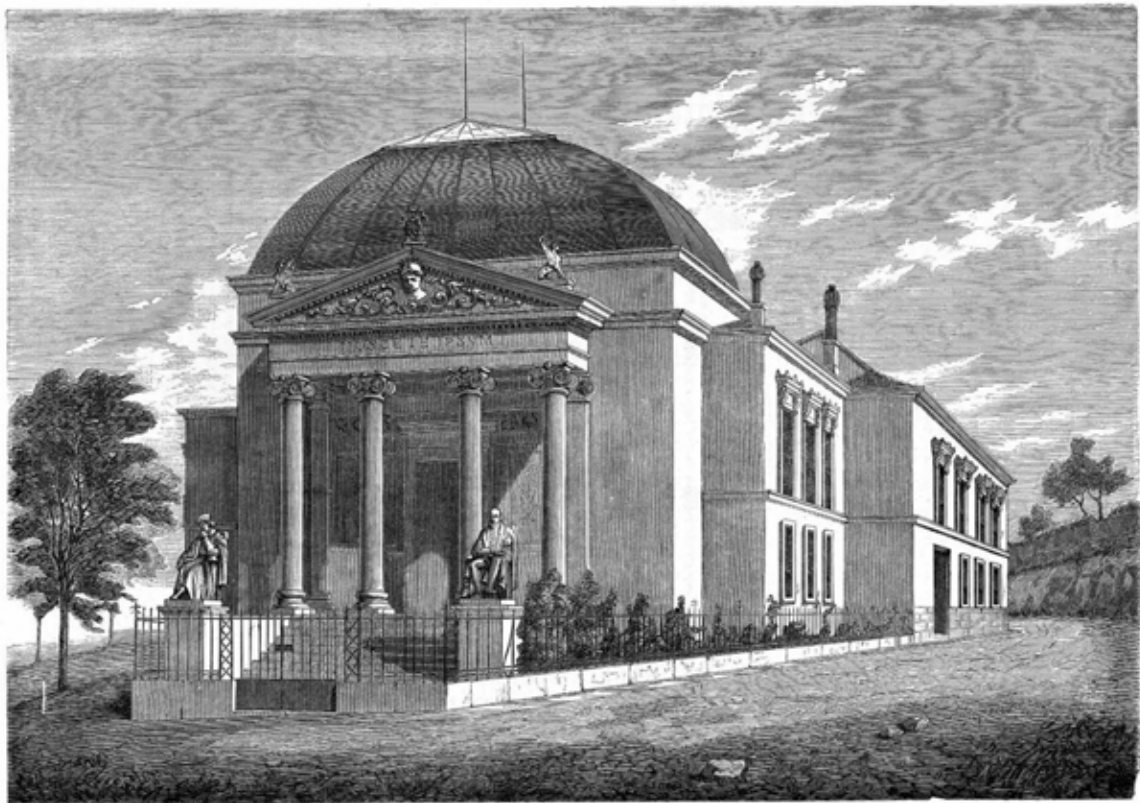
En cualquier caso, quien a partir de 1875 se sitúa frente a la singular construcción levantada por Velasco no ve una casa-palacio: contempla un edificio imponente y de factura algo desconcertante, lo más parecido a un templo laico. Por supuesto, llama la atención la gran bóveda que cubre el cuerpo principal, pero lo primero que destaca es la amplia escalinata y, sobre todo, el monumental pórtico griego tetrástilo. Los fustes de las columnas son de una sola pieza, en piedra caliza, y superan por poco los seis metros de longitud. El elegante orden jónico de los capiteles armoniza con un fantástico frontón, coronado por dos esfinges y un adorno de palmetas, cuyo tímpano muestra la cabeza de Minerva. En el friso campea el famoso aforismo griego (latinizado) «NOSCE TE IPSUM», que ya estaba presente en el museo de Atocha 90. A ambos lados de la puerta pueden contemplarse dos pinturas alegóricas que representan a la Medicina y la Cirugía<sup>12</sup>. Flanqueando la entrada, pero destacadas hacia el exterior sobre dos altas basas, sendas estatuas sedentes de Miguel Servet y de Francisco Vallés rinden culto a la historia de la Medicina española<sup>13</sup> (figura 5).

<sup>10</sup> Archivo de Villa, Madrid, expediente 5-103-32. Esta documentación recoge la solicitud de construcción y las controversias habidas con el Ayuntamiento por las alineaciones y rasantes. No es el proyecto arquitectónico como tal, aunque sí se incluye un dibujo de las fachadas correspondientes a los cuerpos laterales del museo.

<sup>11</sup> Pulido (1894: 78-79, nota) indica que la cantidad invertida por Velasco en la construcción del museo (sin tener en cuenta lo gastado en las colecciones) asciende a 2.205.122 reales (551.280,50 pesetas).

<sup>12</sup> En 1910, o poco después, estas pinturas se sustituyen por otras dos imágenes alegóricas que representan a la Prehistoria y la Etnografía. Ambas se eliminan en la reforma realizada tras la Guerra Civil.

<sup>13</sup> La de Servet, la de mayor calidad, es obra de Elías Martín; la de Vallés fue ejecutada por Ramón Subirat. Tras el cierre del museo ambas sufren incontables agresiones en forma de golpes y pedradas por parte de la chiquillería. Dañadas durante la Guerra Civil, son retiradas en la reforma de los años cuarenta.



MADRID: MUSEO ANTROPOLÓGICO DEL DOCTOR G. DE VELASCO.

Figura 3. «Museo: Antropológico del doctor G. de Velasco» (*La Academia. Revista de cultura hispano portuguesa, latino-americana*, núm. 13, 14 de octubre de 1877, p. 196).



MUSEO ANTROPOLÓGICO DEL D<sup>R</sup> VELASCO.

Lit. Brabo. Desingido. 14

Figura 4. «Museo Antropológico del Dr. Velasco» (Litografía Brabo, Madrid). Biblioteca Nacional, sig. invent-19393.





**Figura 5.** «Vista del Museo Antropológico del Dr. Velasco» (fotografía de Jean Laurent, c. 1875). Archivo Ruiz Vernacci, Fototeca del IPCE, Madrid.

Tras atravesar la puerta de acceso, sólo una gran cancela de madera (como la que suele ser habitual en las iglesias cristianas)<sup>14</sup> separa al visitante del salón grande. Las dos magníficas fotografías tomadas por Jean Laurent, seguramente en 1875, permiten que nos hagamos una idea de lo impactante que resulta el interior del museo en sus primeros años (figuras 6 y 7).

Sin duda impresiona por las llamativas piezas que reciben al visitante, entre ellas un esqueleto humano de considerable altura y la figura anatómica a tamaño natural de un hombre. Pero aún más impactante es el propio espacio que lo acoge y el apabullante despliegue de armarios que recorre los muros del salón y la galería que lo circunda. El salón grande supera los veintiséis metros de largo, casi alcanza los quince de anchura y llega a una altura de quince metros con treinta centímetros hasta la base del lucernario<sup>15</sup>. Aunque dispone de tres ventanas en cada uno de los muros longitudinales (hoy cegadas), la abundante luz que lo ilumina proviene en su mayor parte de un gran lucernario cenital, todo un alarde de ingeniería moderna. Y no nos equivoquemos: la imagen actual del salón nada tiene que ver con la original, pues el vestíbulo, el segundo lucernario (mucho más bajo), las galerías y los pilares construidos en la década de 1940 comprimen el espacio de una manera tal que anulan por completo la sensación de amplitud de que se disfruta en 1875.

Al fondo del salón grande una puerta de doble hoja da acceso al salón pequeño, que repite el modelo del anterior (incluida la bóveda) a tamaño reducido: el ancho es el mismo, pero la profundidad es de solo ocho metros, con once de altura hasta la base del lucernario. Como en

<sup>14</sup> La única imagen disponible de la cancela es la que incluye Pulido (1894: 87) en su biografía del doctor, que reproducimos en la figura 9.

<sup>15</sup> Anotamos los datos que se recogen en la documentación técnica actual del museo. Los escritos de Pulido mencionan cifras diferentes y contradictorias.



**Figura 6.** «Vista interior del Museo Velasco, costado de la izquierda» (fotografía de Jean Laurent, c. 1875). Archivo Ruiz Vernacci, Fototeca del IPCE, Madrid.



**Figura 7.** «Vista interior del Museo Velasco, costado de la derecha» (fotografía de Jean Laurent, c. 1875). Archivo Ruiz Vernacci, Fototeca del IPCE, Madrid.

el salón grande, la actual galería que lo recorre (utilizada como almacén) y los pilares que la sustentan son producto de reformas muy posteriores. A la derecha de la sala (y seguimos hablando de la distribución original), una puerta da acceso al laboratorio químico; este comunica con la cátedra, donde Velasco imparte sus clases. Tras cruzar el pasillo que permite la entrada desde la actual calle de Alfonso XII, se encuentra el «gabinete de estudios microscópicos»; desde aquí se accede al salón grande por el hueco que aún se conserva<sup>16</sup>. Situados de nuevo en el salón pequeño, una puerta en el lado izquierdo permite el acceso a dos pequeñas habitaciones interiores, desde donde se pasa al «salón de aves», iluminado por los cuatro balcones que asoman al actual paseo de la Infanta Isabel. Este comunica con el despacho de Velasco, la actual «Sala de los orígenes» del museo, que también es accesible desde el salón grande.

El piso primero del ala de la calle de Granada, hoy de Alfonso XII, acoge la clínica<sup>17</sup>, y también queda aquí espacio para la redacción y administración de *El Anfiteatro Anatómico Español*, el periódico fundado por Velasco en 1873. Por encima, en el sotabanco del edificio, se sitúan el cuarto de disección y el depósito de moldes anatómicos; la azotea se utiliza para la maceración de las preparaciones anatómicas, que requieren el uso de productos químicos y producen emanaciones bastante desagradables.

Como adelantamos, en la planta principal del ala de Atocha (que es en realidad un segundo piso) se sitúa la vivienda del doctor, espacio que hoy ocupa la biblioteca del museo. La planta baja dispone de un patio abierto y probablemente de cochera, cocina y carbonera. Su imagen actual está completamente transformada, pues el antiguo patio es hoy un salón de actos. La zona superior, el sotabanco, debió de acoger las habitaciones de la servidumbre<sup>18</sup>. Estos espacios y su azotea (tiempo después cubierta) se utilizan actualmente como almacén (figura 8).



**Figura 8.** Vista aérea del actual Museo Nacional de Antropología desde el noreste. Se observan la cúpula del salón grande, la del pequeño y las dos alas laterales del edificio. Captura de Bing (<http://www.bing.com/maps/>).

<sup>16</sup> La cátedra (que aún dispone de las columnas de hierro fundido originales) y el gabinete son hoy salas de exposiciones temporales.

<sup>17</sup> Extrañamente, sólo Martínez Ginesta (1874) hace referencia a la clínica. No la mencionan Prieto (1875) ni Pulido, quien sin embargo indica (1894: 88, nota) que Velasco pasa consulta en su despacho del ala de Atocha, y que el salón de aves sirve de sala de espera para los enfermos.

<sup>18</sup> De hecho, fue la vivienda del guarda del museo hasta comienzos de la década de 1970.

#### 4. Inauguración, triunfos y fracasos

Una vez conocida la estructura del museo, toca revisar su trayectoria<sup>19</sup>. La inauguración oficial tiene lugar el 29 de abril de 1875. Toda la prensa se hace eco del extraordinario acontecimiento, que lo es no sólo por la grandiosidad del edificio, sino, sobre todo, porque lo preside el joven rey Alfonso XII. También están presentes el ministro de Fomento (el ultraconservador marqués de Orovio) y el obispo auxiliar de Madrid, además del rector de la Universidad, el director general de Instrucción Pública, el gobernador civil, el decano de la Facultad de Medicina, profesores universitarios, periodistas y «multitud de personas, entre las que tenía una representación distinguida el bello sexo». El acto se desarrolla en el salón grande, que se halla desprovisto de piezas de exhibición para dar cabida a casi medio millar de asientos<sup>20</sup>. Sobre la galería que lo circunda se instala una pequeña orquesta, que ameniza la espera. Tras la llegada del monarca, Ángel Pulido (el más cercano colaborador de Velasco desde finales de la década de 1860) pronuncia un discurso en el que, entre otras cosas, defiende con firmeza la «libertad de enseñanza y la independencia de la ciencia» y lo hace justamente delante del ministro Orovio, que un par de meses antes, el 26 de febrero, ha promulgado el famoso y ominoso Real Decreto que pone fin a la libertad de cátedra y da origen a la conocida como «segunda cuestión universitaria»<sup>21</sup>. A continuación interviene el doctor Velasco. Su discurso sigue la tónica habitual de su confusa reflexión teórica. Repasa las disciplinas científicas que permiten comprender y explicar el «macrocosmos» y el «microcosmos», y seguidamente se centra en la Anatomía, de la que se reconoce «fanático» servidor. Tras definirse como un «obrero de la ciencia» y después de un recuerdo emocionado a su hija fallecida, agradece al rey, al obispo y a las autoridades su presencia; a sus amigos y colaboradores la ayuda recibida; llama a la búsqueda y el sostenimiento de la paz (la tercera guerra carlista no ha concluido) y termina rogando a todos que «no descansen un momento en fomentar las ciencias naturales, por la influencia extraordinaria que ejercen en la cultura de los pueblos» (Pulido y González Velasco, 1875: 51). Tras la intervención de Velasco toma la palabra el rey, que elogia al doctor y su obra. Seguidamente, el monarca visita las distintas dependencias del museo, «enterándose con minuciosidad de los principales objetos que encierra».

La presencia de Alfonso XII en la inauguración encumbra al doctor Velasco como un personaje público de la máxima relevancia. Ya no es sólo un gran médico y uno de los mejores cirujanos del país, es una verdadera celebridad nacional. Deberíamos pensar que nuestro protagonista no puede estar más orgulloso de su obra ni ser más feliz de lo que entonces lo es. Quizás fuera así. Sin embargo, algunas sombras oscurecen la brillantez del momento. De un lado, a comienzos de febrero había sido forzado a renunciar a su plaza de catedrático, que le habían otorgado (sin tener que superar oposición) en diciembre de 1868, tras el triunfo de *La Gloriosa*. De forma simultánea, el nuevo régimen político –la recién restaurada monarquía– ha echado por tierra todas las libertades que había traído el Sexenio Revolucionario, incluida la de enseñanza. Parece, no obstante, que con el nuevo museo en marcha y con su proyectada «Escuela práctica de Medicina y Cirugía» todas las limitaciones y el oscurantismo oficial habrían de ser superados. Sin embargo, el ambicioso plan de estudios de la Escuela nunca

<sup>19</sup> Desgraciadamente, no sabemos nada del día a día del museo, pues no ha quedado ni un solo papel del doctor. Por la prensa conocemos que las tres jornadas siguientes a la inauguración son de acceso gratuito y que «a partir del día 3 la entrada será por papeletas que se expendrán oportunamente» (*Diario oficial de avisos de Madrid*, 1 de mayo de 1875). Suponemos que alguno de los ayudantes de Velasco tendría alguna actividad de gestión en el centro y que debería de haber un guarda o portero, pero ninguna documentación se conserva al respecto.

<sup>20</sup> *El Anfiteatro Anatómico Español*, n.º 56, 15 de mayo de 1875, p. 385.

<sup>21</sup> En la edición conjunta de los discursos de Pulido y González Velasco (1875: 11), el primero advierte de que su texto fue redactado antes de la publicación del decreto y de que, pese a todo, ha optado por mantener sus contenidos.

llega a ponerse en práctica<sup>22</sup>. La magnífica cátedra que levanta en su museo sólo recibe a unos pocos alumnos, muchos menos de los que asistían a los famosos repasos que impartiera en sus domicilios de la calle de Atocha. En la biografía del doctor, Pulido (1894: 114) se aventura a afirmar que el «espíritu bullanguero y grotesco de enseñanza libre» de la Medicina durante el periodo revolucionario «desprestigia este bello ideal», retrayendo a los alumnos de asistir a los cursos de la nueva Escuela. Quizás tenga razón; pero tampoco hemos de olvidar que, pese a la presencia del monarca y otras personalidades en la inauguración del centro, Velasco es considerado poco menos que un apestado por parte de la Medicina oficial y la Universidad<sup>23</sup>. Es muy probable, por tanto, que desde el ámbito académico se inste a los alumnos a evitar cualquier vinculación con su persona, su museo y sobre todo con su «Escuela libre», cuyo modelo docente y orientación ideológica se sitúan en los antípodas del momento político que vive el país. Como contrapartida a la reducida actividad docente (que implica una importante reducción de ingresos), el museo acoge las reuniones y conferencias de la Sociedad Antropológica Española, que vive entonces, y hasta la muerte de Velasco, sus años de mayor actividad.

## 5. Donaciones y adquisiciones

Como ocurre durante otros momentos difíciles, el fracaso de la Escuela y el vacío académico al que se ve sometido no le amilanan. El museo concentra todos sus esfuerzos y recursos; la obsesión coleccionista no se detiene. Poco después de la inauguración, una nota de prensa informa sobre una peculiar «categoría» de piezas que podrían entrar en el museo, aunque ciertamente no para su exhibición: la Dirección de Sanidad concede a Velasco, «con destino a la disección de su Museo Antropológico, los cadáveres sobrantes y disponibles que resulten en el hospital de la Princesa después de cubiertas sus necesidades anatómicas»<sup>24</sup>. Al margen de tan peculiar oferta, que indudablemente satisface la obsesión cadavérica de Velasco, durante todos estos años la visibilidad del museo atrae muchas más donaciones que en épocas previas, cuando la institución quedaba recogida en un entorno doméstico. La prensa informa con regularidad del regalo de piezas anatómicas, geológicas y paleontológicas, de monstruosidades humanas y animales, de curiosidades históricas y de objetos etnográficos. Por supuesto, el doctor sigue realizando adquisiciones por su propia cuenta, tanto dentro como fuera del país. Continúa interesado por materiales anatómicos, teratológicos y cráneos humanos, pero según pasan los años Velasco parece mostrar algo más de sensibilidad por las piezas etnográficas, tanto domésticas como exóticas, especialmente de Filipinas. En cualquier caso, aunque la prensa diaria da cuenta de algunas de estas adquisiciones, la mejor fuente documental para conocer qué tipo de materiales ingresan en el museo hasta poco antes de la muerte del doctor es su periódico médico, *El Anfiteatro Anatómico Español*<sup>25</sup>.

Para el año de 1875 sólo se menciona la entrada de ejemplares zoológicos, fetos humanos teratológicos, minerales y preparaciones de tumores. Desde 1876 aumenta la afluencia de manera exponencial. Velasco acepta o compra absolutamente de todo: ejemplares de rocas y minerales, fetos monstruosos, decenas de cráneos normales y patológicos, moldes anatómicos, conchas, monedas, cerámicas, muestras de plantas, tejidos e indumentaria de España y América del Sur, dos tigres disecados, «medicamentos de la China», etc. En los cuatro años siguientes, hasta su desaparición en diciembre de 1880, *El Anfiteatro* sigue informando de unos ingresos

<sup>22</sup> Es ambicioso pero también algo disparatado. El «universalismo» científico de Velasco le lleva a incluir asignaturas de zoología, «geología médica y paleontología» y «ciencia prehistórica».

<sup>23</sup> Algo similar apunta Porras Gallo (2002: 15) en un artículo sobre la renovación de la enseñanza médica en la España del XIX.

<sup>24</sup> *El Criterio Médico*, 10 de julio de 1875.

<sup>25</sup> No está disponible en la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional. Se ha consultado en la biblioteca de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense. En adelante citaremos esta revista como *El Anfiteatro*.

que no hacen sino incrementarse (entran varios centenares de piezas), estableciéndose incluso un incipiente reparto por categorías que resulta ilustrativo de lo que desde cierta perspectiva puede ser considerado un coleccionismo universal o, desde otra, como una simple y absoluta falta de criterio. Así, en abril de 1877 se enumeran las siguientes clases: anatomía patológica, anatomía comparada (zoología), mineralogía, botánica, aves y reptiles, antropología y curiosidades. Al año siguiente la relación se ajusta algo más, pero sólo en el ámbito zoológico: anatomía patológica, zoología y anatomía comparada, botánica, antropología, minerales y variedades. En 1879, la novedad es que se reúne bajo la expresión «antropología y curiosidades» casi todo lo que se vincula con lo humano no anatómico, distribución que se mantiene en 1880. El problema de Velasco y de su museo es que sólo la parcela anatómica aparece más o menos estructurada, aunque no por ello dejan de añadirse nuevas piezas, sobre todo patológicas y teratológicas, que son absolutamente prescindibles. Y algo similar ocurre con las colecciones zoológicas y botánicas. Todo lo demás, todo lo que tiene que ver con la vida de los seres humanos, con lo social, con lo cotidiano, sigue sin pasar por tamiz alguno y, lo que es peor, no se ensaya con ello ni la ordenación más básica. Y cuando se atisba una adscripción temática, el resultado puede ser cuanto menos llamativo: unas granadas de la guerra carlista «enriquecen la sección etnográfica»; «fósiles antediluvianos» comparten con un «trozo de una antigua columna de piedra» su pertenencia a la «antropología»; «el guante que llevaba el ayudante Sr. Nandin la noche que alevosamente asesinaron al general Prim» encaja perfectamente con unos «zapatos chinos», y ambos se integran en la categoría de «variedades» junto con «fotografías de operados de estrabismo»; finalmente, «siete cabezas de momias egipcias» se reseñan en la clase de «antropología y curiosidades», junto con «un pedazo del pan del sitio de Paris de 1871»<sup>26</sup>. Y no olvidemos que hasta el final de su vida el doctor sigue reuniendo todas las patologías y singularidades anatómicas que resultan de su trabajo, incluido un «himen extirpado»; para su desgracia, alguna se le escapa<sup>27</sup>.

## 6. La Venus hotentote y los «individuos de la raza negra disecados con su piel natural»

Más allá de las curiosidades y hasta de los disparates, avanzada la década de 1870 la obsesión coleccionista del doctor alcanza sendos momentos épicos con la adquisición de dos singularísimas «piezas». La primera es la que un suelto de prensa denomina «la Venus, una hotentota joven»<sup>28</sup>. Aunque no existe ninguna documentación al respecto, sí disponemos de una interesante imagen del salón grande en la que se observa una figura humana femenina, que casi con total seguridad se corresponde con este personaje (Pulido, 1894: 87) (figura 9).

A pesar de la muy escasa calidad de la reproducción, podemos comprobar que no se trata de una copia de la famosa «Venus hotentote», la joven khoikhoi (llamada Saartjie Baartmann) que es exhibida en Europa a comienzos del siglo XIX, muere poco después, es diseccionada y disecada por Cuvier, nuevamente exhibida en el Museo del Hombre parisino hasta 1974 y finalmente retornados sus restos a Suráfrica en 2002. Y no parece una copia

<sup>26</sup> *El Anfiteatro*, de donde tomamos esta información, también anota el ingreso de piezas de mayor interés, como indumentaria vasca y «una colección etnográfica de láminas al cromo de todas las provincias de España» (n.º 150, 15 de abril de 1879, p. 84).

<sup>27</sup> Es el muy llamativo caso de un niño que llega a su consulta con tres años y ocho meses de edad, una estatura de 1,18 metros y «un pene como el de un adulto que entra en erección, bien descubierto el glande [...]. Suele tener eyaculación seminal y experimenta placer venéreo, y le es agradable el trato con las niñas y las llama». El articulista, probablemente Pulido, asegura que «sería de desear que la ciencia se apoderase de este caso». Parece que al final no pudo ser: el niño se marchó *vivito y coleando* (*El Anfiteatro*, n.º 130, 15 de junio de 1878, p. 142).

<sup>28</sup> *La Iberia*, 26 de abril de 1879. Extrañamente, el ingreso no se menciona en *El Anfiteatro*.



**Figura 9.** Vista interior, hacia la cancela de entrada, del Museo Antropológico, entre 1879 y 1882. La figura femenina de la izquierda es muy probablemente la «Venus hotentote» (Pulido, 1894: 87).

porque la preparación que realiza Cuvier tiene los brazos bajados, mientras que la de Velasco muestra el izquierdo erguido y sujeta un bastón. Comparte con aquélla el hecho de tener el cabello corto y una evidente esteatopigia, aunque se cubra con un faldellín; por el contrario, sus pechos parecen ser menos voluminosos que los de la venus original. ¿Se trata de un simple modelo en yeso o cartón piedra o es una mujer khoikhoi real, disecada?<sup>29</sup>. El inventario redactado de forma previa a la adquisición del museo por el Estado, en 1887 (y que más adelante revisamos), indica que en el salón grande se exhiben «dos individuos de la raza negra, hombre y mujer, disecados con su piel natural»<sup>30</sup>. Como resulta muy improbable que los cinco catedráticos encargados de elaborarlo, entre los que se cuenta el antropólogo Federico Olóriz, no sepan distinguir una figura en yeso de otra cubierta con su propia piel, deberíamos asumir que, efectivamente, la citada hotentote (o la pieza que fuere) es un ser humano disecado que, además, tiene una pareja masculina de idéntica

<sup>29</sup> Para evitar confusiones debemos aclarar que el maniquí (en yeso) de una mujer khoikhoi que todavía conserva el Museo (junto al de un varón de la misma etnia) nada tiene que ver con el que comentamos, pues ingresa en él en 1904.

<sup>30</sup> *Museo Antropológico del Doctor Don Pedro González Velasco*. Inventario, folio 3 (manuscrito). Archivo del Museo Nacional de Antropología, sig. 52/1887/5. En otro listado conservado en este museo (con la misma signatura), fechado a 15 de julio de 1892, se enumeran los «objetos existentes en el Museo Antropológico del Dr. Velasco [...] que pasaron a poder del Museo de Ciencias Naturales» y de nuevo se indica expresamente que del salón grande se toman «dos individuos de la raza negra, hombre y mujer, disecados». Y hay más. El archivo del actual Museo Nacional de Ciencias Naturales guarda cuatro páginas, sin fechar, con el encabezamiento «Museo de Ciencias Naturales. Colección de Antropología», en cuyo apartado 6 sobre «razas históricas» el indicativo sobre «razas negras de África» menciona «dos pieles montadas y vestidas» (Cátedra de Antropología 1859-1902. Caja 3. Legajo 24). ¿Son el negro y la negra transferidos desde el Museo del doctor Velasco?

cualidad. Desgraciadamente, no hay ninguna otra información que lo confirme. Es más, las dudas en torno al varón son aún más intensas, pues la única figura que en algún momento se califica como «un negro» es el maniquí con sombrero y lanza que se observa en las fotografías del nuevo museo (que precisamente no se cita en el inventario de 1887), cuyos rasgos y textura hacen pensar que no se trata de una figura con piel humana. Pese a todo, y aunque no podemos asegurar que los «individuos de la raza negra» citados en el inventario de 1887 fueran realmente seres humanos disecados, es evidente que *podrían* haberlo sido, y que su exhibición no habría generado escándalo alguno<sup>31</sup>. Exponer cuerpos humanos no era una práctica habitual, pero tampoco se puede considerar algo absolutamente extraordinario. Además, aunque en la mayor parte de los casos se exhibe a individuos considerados exóticos o «salvajes», también se muestra a gentes «domésticas». Los factores que posibilitan este tipo de «actos museográficos» tienen que ver con la sublimación de la ciencia, con la consideración de que el progreso del conocimiento justifica cualquier proyecto científico y con el hecho de que quien lo lleva a cabo (el investigador) tiene el derecho y el deber de ejercer su dominio sobre todo aquello que estudia, incluido el ser humano. Esa dominación suele articularse en clave racista o racial (que es lo más habitual), pero también puede encauzarse por una vía clasista o estamental, como a continuación comprobaremos.

## 7. El «Gigante extremeño»

Aunque la figura de la mujer hotentote se convierte probablemente en un destacado reclamo durante los últimos años de vida del museo, hay una segunda «pieza» que alcanza la categoría de mito. Nos referimos al famoso «Gigante extremeño», de nombre Agustín Luengo Capilla. Pese a que durante algún tiempo, todavía en vida, el gigante<sup>32</sup> atrae la atención de prensa y público, es tras su «ingreso» en el museo cuando echa a andar la leyenda en torno a su vida y a su muerte, una leyenda que se consolida cuando lo hace la de la hija de Velasco, gracias a los artículos de las revistas ilustradas de las décadas de 1920 y 1930<sup>33</sup>. Ciertamente, todas las circunstancias que vinculan al gigante con el doctor Velasco y su museo resultan llamativas y hasta extraordinarias. Pero tanto o más singular es que apenas sabemos nada de la vida de Luengo y, sin embargo, desde al menos la década de 1920 hasta hoy las muy frecuentes referencias que se hacen a este personaje repiten de forma machacona unas informaciones que nadie sabe de dónde proceden y que nadie se ha molestado en contrastar<sup>34</sup>. Me refiero a su pretendida exhibición en circos y barracas de feria y, sobre todo, al presunto contrato de compraventa firmado con Velasco, según el cual el doctor se haría dueño de su cuerpo, una vez fallecido, a cambio de unos determinados pagos que, obviamente, habrían de hacerse efectivos

<sup>31</sup> Martín-Márquez (2003: 1) critica a Romero de Tejada (1992: 14, n. 12) por dudar de que esas figuras correspondan a seres humanos disecados, acusándola de pretender ocultar parcelas ominosas de la historia del museo. Por nuestra parte, consideramos que la duda es comprensible, aunque también es verdad que Romero de Tejada se equivoca al afirmar que la «negra» y el «negro» citados en el inventario podrían corresponderse con la pareja de hotentotes en yeso que todavía se conserva, pues estas dos figuras ingresan mucho más tarde.

<sup>32</sup> Obviamente, utilizamos el término «gigante» sin ninguna intencionalidad peyorativa. No lo entrecorrimos para evitar sobrecargar el texto con signos tipográficos.

<sup>33</sup> El texto más sensacionalista es el que publica Pedro Massa en el número 297 del semanario *Crónica*, de 31 de julio de 1935. Pocos años antes, ya se ofrecía información apócrifa y fantasiosa sobre el gigante en un artículo aparecido en *El Imparcial* (el 6 de enero de 1927, firmado por Gil Fíllol), en otro de *El Heraldo de Madrid* (el 10 de octubre de 1927, firmado por Magda Donato) y en uno más de *Nuevo Mundo* (de 18 de mayo de 1928, escrito por E. Estévez-Ortega).

<sup>34</sup> Además de algunas guías actuales sobre el Madrid «pintoresco y macabro», dos recientes artículos de prensa repiten y dan por buenos, el segundo de forma harto alucinada, todos estos datos apócrifos y falsos sobre Luengo y Velasco: uno lo firma José Guerrero en *ABC* (21 de noviembre de 2012); el otro, Jesús Ruiz Mantilla en *El País* (22 de julio de 2013). En el último ha influido de forma decisiva y absurda una presunta novela histórica sobre Velasco, de muy escaso interés literario, cuyo contenido altera de forma notable unas realidades históricas ya perfectamente contrastadas (Folgado de Torres, 2013).



por adelantado<sup>35</sup>. Ángel Pulido tendría que haber conocido el detalle del presunto acuerdo, pero nada dice al respecto en su biografía (1894). Lo único que sabemos de todo este episodio es lo que cuenta el propio Velasco y lo que recoge la prensa de la época. Veámoslo.

La primera referencia que hemos documentado sobre Agustín Luengo (aún vivo) en la prensa española es ya de fecha muy avanzada: el 3 de octubre de 1875 *La Correspondencia de España* informa de que «Hoy ha sido presentado a S. M. [el Rey] un joven de 26 años, natural de la Puebla de Alcocer, provincia de Badajoz, llamado Agustín Luengo Capilla, el cual alcanza ya la disforme estatura de dos metros 800 milímetros [...]», es decir, ¡cerca de tres metros! Quizás el «8» sea un «3» mal impreso, coincidiendo así la cifra con los datos que proporciona Velasco sobre el gigante poco después. Pero lo cierto es que también en su momento debió de leerse un «8», pues al día siguiente el diario *La Época* repite la noticia y de forma indubitada escribe «800». Ambas notas comentan que se encuentra enfermo, y en la primera se ofrece el dato, importante para el desarrollo de la historia, de que está acompañado por su madre. En *El Pabellón Médico*<sup>36</sup> van más allá. Tras hacerse eco del suelto de *La Correspondencia*, y repetir el «800», hacen una observación tan premonitoria como cruel: «El esqueleto de este joven [,] si se lleva a un museo sin pruebas de autenticidad, podría servir de testimonio a muchas teorías antropológicas y arqueológicas que hoy corren por moneda de buena ley entre muchos filósofos, y que no tienen más sólido fundamento que el de fenómenos como el desgraciado Agustín Luengo (¡y tan luengo!) que no figurará entre los casos de longevidad». En diciembre el gigante vuelve a tener una efímera presencia en la prensa: el día 29, *El Globo* y otros diarios informan de que está gravemente enfermo. Fallece dos días después. Cuando vuelva a darse noticia suya en los diarios, sólo un mes más tarde, Agustín Luengo se habrá convertido ya en la «pieza» más relevante del Museo Antropológico.

¿Qué ocurre desde que Luengo llega a Madrid hasta su fallecimiento e inmediato «ingreso» en el museo? Es el propio Velasco quien nos ofrece la información, y obviamente lo que nos cuenta puede no ser toda la verdad. No obstante, su versión tiene visos de autenticidad, y ningún indicio hay en ella de que existieran contratos ni tratos espurios entre Luengo y el doctor<sup>37</sup>. Según Velasco, el gigante habría llegado a Madrid el 28 de agosto de 1875, tras un periplo por Andalucía del que desconocemos sus pormenores. Quizás se exhibiera, pero nada se dice al respecto. Tampoco queda claro si viaja a Madrid con esa intención; lo único cierto es que en la Corte se recrudecen los padecimientos que sufría desde tiempo atrás. Aunque da la impresión de que Velasco visita o conoce a Luengo durante su enfermedad, quien le asiste es un «profesor de la Beneficencia domiciliaria», personaje que «después me ayudó mucho en el asunto de poder disponer del cadáver», según anota el doctor. Muere el 31 de diciembre. Su cadáver se traslada al museo el día 1 de enero. Debió de ser una memorable jornada de Nochevieja-Año Nuevo para el doctor; probablemente no tanto para su esposa. En el museo le

<sup>35</sup> Aunque consolidada más tarde, la leyenda sobre la compra del cuerpo del gigante debió de gestarse al poco de su muerte. Un artículo aparecido en *Los Lunes de El Imparcial* (el 1 de noviembre de 1880) recoge en tono de chanza la historieta de un jobado que, «a cambio de una renta vitalicia», se ofrece a Velasco para dejarse «hacer pedazos por el escalpelo» después de muerto. Curiosamente, la referencia explícita más antigua al presunto pago viene de Manuel Antón, el primer director del renovado Museo de Antropología, quien en la entrada correspondiente a 1910 (que seguramente se redacta años después) de un manuscrito titulado *Borrador del Registro de Entradas de la Sección de Antropología, Etnografía y Prehistoria del Museo de CC. Naturales, y posteriormente Museo (1883-1920)* (conservado sin signatura en el Museo Nacional de Antropología), asegura que «El Dr. Velasco compró el cadáver en tres mil pesetas, que en parte donó en vida al mismo; el resto a su pobre familia». ¿Disponía Antón de alguna referencia fidedigna o simplemente se hizo eco de lo que ya entonces era un relato apócrifo?

<sup>36</sup> Número 689, 14 octubre de 1875, p. 456.

<sup>37</sup> La información más extensa que proporciona Velasco sobre Luengo tiene su origen en la necesidad de presentar los materiales que exhibe en la Exposición Universal de 1878, entre los que se cuenta el esqueleto y el vaciado del gigante. Además de extractarse en algún artículo de prensa, el texto completo se publica en *El Anfiteatro* y en el catálogo de los objetos que remite a París (González Velasco, 1878b y 1878c).

practica una detallada autopsia, cuyos resultados refiere con todo lujo de detalles en el texto que revisamos. ¿Por qué ingresa Luengo en el museo? ¿Quién lo autoriza? Según Velasco, «su madre me le cedió para bien de la ciencia, y en su virtud las autoridades respetaron la voluntad de dicha señora»<sup>38</sup>. Lo mismo asegura justo un mes después del fallecimiento, cuando *El Anfiteatro*<sup>39</sup> informa de que «el vaciado de este notabilísimo fenómeno se encuentra ya colocado en el centro del salón grande», al tiempo que advierte de que el cadáver fue trasladado al museo «con aprobación de su desconsolada madre» (figura 10).

Algún tiempo después, desde octubre de 1876, el salón grande del museo exhibe una nueva y aún más impactante «versión» del gran extremeño: la «figura, formada con la piel del citado gigante, [que] se encuentra cubierta con los vestidos que ordinariamente usaba»<sup>40</sup>. Quizás tan extraordinaria pieza no se mostrara de forma permanente, de hecho no se observa en la imagen que reproducimos procedente de la biografía de Pulido (1894: 91), que debemos fechar entre 1879 y 1882<sup>41</sup>. En cualquier caso, podemos contemplar el maniquí de Luengo, con la piel, en al menos dos imágenes posteriores: en la revista *Por esos mundos*, de 13 de abril de 1901, y en una interesante fotografía del salón grande (con los cristales de los armarios encintados para protegerlos de los bombardeos), que muy probablemente corresponda a 1941<sup>42</sup> (figura 11).



**Figura 10.** Vista interior, hacia el salón pequeño, del Museo Antropológico, entre 1879 y 1882. Al fondo se contempla el vaciado del «Gigante extremeño». En primer plano, a la derecha y en una urna, una de las momias andinas (Pulido, 1894: 91).

<sup>38</sup> Suponemos que recibiría algún tipo de compensación o ayuda económica, pero Velasco no hace ninguna indicación al respecto.

<sup>39</sup> Número 73, 31 de enero de 1876, p. 29.

<sup>40</sup> *La Época y Diario oficial de avisos de Madrid*, 16 de octubre de 1876.

<sup>41</sup> No obstante, sí se exhibe en la década de 1920, como atestigua un apocalíptico artículo sobre el museo («La casa de los muertos») publicado por Ernesto Giménez Caballero en el diario *El Sol*, el 21 de enero de 1926.

<sup>42</sup> La imagen que reproducimos procede de una copia en papel conservada en el Museo de San Isidro, de Madrid, perteneciente al fondo J. Pérez de Barradas, que debió de formar parte de la documentación incluida en el proyecto de reforma del museo diseñado por Ricardo F. Vallespín, en 1941. Una copia completa del proyecto se conserva en el Archivo General de la Administración, Fondo Ministerio de Educación, caja 31/5451.



**Figura 11.** Vista del lateral derecho del salón grande. En la galería se observa el maniquí vestido, y cubierto con su propia piel, del «Gigante extremeño». Fotografía tomada hacia 1941. Museo de San Isidro (Madrid), fondo J. Pérez de Barradas, sig. FD2005/1/3747.

Pronto corre la voz sobre la presencia del gigante en el museo y desde ese momento uno y otro quedan indisoluble y morbosamente asociados; y así continúan. Si hasta entonces el Museo Velasco es conocido por la excentricidad de su propietario y por la noticia fidedigna de que en su interior descansa, en una urna, la momia de la hija del fundador<sup>43</sup>, el hecho de que ahora exhiba el molde, el esqueleto y la piel montada de una persona viva hasta hacía sólo unas semanas, que más de uno podía haber contemplado por las calles de Madrid, anclan al edificio del paseo de Atocha en el universo de lo macabro<sup>44</sup>. Para el doctor, sin embargo,

<sup>43</sup> Poco después de la inauguración del museo, Velasco había sido autorizado para trasladar allí los restos de su hija difunta (*La Farmacia Española*, 6 de mayo de 1875). El episodio de la apertura del féretro y todo lo relacionado con el tratamiento de la momia queda referido con notable dramatismo en la biografía que redacta Pulido (1894: 62-67). Para un detallado relato de la vida y la leyenda de Concha (con algún error importante), véase el capítulo que le dedica Giménez Roldán (2012: 164-195). Ya en vida de Velasco se editan al menos dos textos inspirados en el singular episodio de la exhumación de Conchita; décadas después habrá más. Uno es un llamativo poema de Ramón de Campoamor, «Por donde viene la muerte», de 1879. El otro lo escribe nada menos que Ángel Pulido y se publica por entregas en la propia revista del doctor, en *El Anfiteatro*, en los meses de agosto y septiembre de 1875. Se titula «Un descubrimiento prodigioso en el siglo XX» y es una especie de relato de ciencia ficción, no muy original, que tiene como escenario el propio Museo Antropológico.

<sup>44</sup> Tras la compra del museo por el Estado, el esqueleto, el vaciado y el maniquí se adscriben en 1892 (junto con otros muchos objetos) al Museo de Ciencias Naturales (una copia del inventario con el detalle de las colecciones transferidas se conserva en el archivo del Museo Nacional de Antropología, sig. 51/1887/5). De todas formas, parece que no salen del edificio de Atocha. Al menos eso da a entender Manuel Antón años más tarde, en el manuscrito que citamos en la nota 34, cuando dice que tras el reparto de las colecciones «un corto número de ejemplares de Antropología quedó agregado a la Sección de Antropología de este último Museo», el de Ciencias, que había sido instalada en el propio Museo Velasco. El maniquí debió de destruirse en los años cuarenta; el vaciado ha acabado muy deteriorado. El esqueleto continúa siendo la «pieza estrella» del museo.

tener al gigante «en casa» es todo un orgullo, es el principal reclamo de su institución. Precisamente una reproducción a gran tamaño del vaciado de Agustín Luengo, con su bastón y una hoja de parra cubriendo los genitales, inaugura la que debía de haber sido una serie de láminas (con folleto informativo adjunto) titulada *Museo Antropológico del Dr. Velasco*<sup>45</sup>. Desgraciadamente, el proyecto no tiene continuidad (figura 12).

Pero el gigante sí la tiene y sin duda la contemplación de tan singular pieza (que en realidad son tres: vaciado, esqueleto y maniquí) tuvo que causar una honda impresión en los



**Figura 12.** «Museo Antropológico del Dr. Velasco. El Gigante Estremeño» (Gabinete fotogéptico de [Antonio G.] Ordóñez, Madrid). Biblioteca Nacional, sig. 17-155-056 (60 x 47 cm).

<sup>45</sup> Agradezco a Isabel Ortega García, de la Biblioteca Nacional, la indicación sobre la existencia de esta interesante imagen.

muy relevantes personajes que también ahora, como había ocurrido con los museos previos de la calle de Atocha, visitan el centro. La de mayor relumbrón es la que realizan los emperadores de Brasil (Pedro II y Teresa-Cristina de Borbón-Dos Sicilias) el 22 de agosto de 1877. Es su segundo viaje a Europa y aunque durante esa misma jornada se acercan a otras instituciones madrileñas, el hecho de que visiten el Museo Antropológico, con todas las excentricidades que acoge, debe de llenar de gozo a Velasco, por muy republicano que fuere. El segundo visitante de postín es un antiguo conocido: el príncipe heredero de Mónaco, el futuro Alberto I. Ya en 1866, durante una breve estancia en Madrid camino de su ingreso en la Armada Española, se interesa vivamente por el museo doméstico del doctor en el número 90 de la calle de Atocha<sup>46</sup>. En enero de 1878, cuando se documenta la nueva visita, el príncipe ha concluido su formación y hace tiempo que no reside en España. Desconocemos las razones de su regreso, pero lo que indica la prensa es que se encuentra de nuevo en Madrid y que visita «casi todos los días» el nuevo Museo Antropológico<sup>47</sup>. Un año más tarde vuelve a pasar por la capital del Reino y de nuevo visita el museo, ahora «acompañado de familias muy distinguidas» y del secretario de la embajada francesa en Marruecos<sup>48</sup>.

Estos años los vive Velasco con especial intensidad. El muy relativo éxito de su presencia en la Exposición Universal de París de 1867 lo empuja a participar en la de 1878. En esta ocasión, el doctor organiza todo con más tiempo y detalle, lo que permite que las colecciones enviadas superen en número y calidad a las presentadas once años antes. La relación incluye un curioso texto de Velasco titulado «Proyecto de fundación de museos antropológicos en todas las naciones», un plano y fotografías del museo, plantas, minerales, animales disecados y algunas piezas arqueológicas. Pero las colecciones más extensas son las de «antropología» (esqueletos, huesos y cráneos, tanto reales como en moldes y fotografías), las preparaciones anatómicas y los ejemplares de teratología animal. Y, claro está, la pieza más destacada es el «Gigante extremeño». Velasco envía a París el vaciado y el esqueleto, y los acompaña del ya mencionado texto que habla de su historia vital y recoge la autopsia que le practicara en enero de 1876. Además, y siguiendo el ejemplo de las exposiciones anatómicas comerciales y de las típicas exhibiciones de «monstruos» humanos, sitúa junto a ambas piezas el «busto de una enana» madrileña que había sido examinada por el propio Velasco y que con 15 años media sólo 85 centímetros.

## 8. Ciencia y política

En 1879 se documenta un episodio especialmente significativo en la agitada vida de Velasco, que le permite vincular su ideología y sus valores con el museo. Nos referimos a la enfermedad y muerte de su gran amigo el general liberal (y conspirador revolucionario) José Lagunero Guijarro, entonces en busca y captura. Digamos solamente que tras su detención y hospitalización inicial, a finales de septiembre, Velasco acoge al militar en su propia casa, que allí fallece a las pocas semanas y que en el museo se instala su capilla ardiente. El entierro tiene lugar el 19 de diciembre en la Sacramental de San Justo y la comitiva fúnebre, que sale del museo, se convierte en un gran homenaje popular al militar, al liberalismo y hasta a la República, en el que participan varios miles de personas, y todo ello a pesar de la fortísima vigilancia policial y las restricciones impuestas por las autoridades. Si algo se puede decir de la conducta de Velasco en este dramático acontecimiento, es que no se arredra ante las presiones y los evidentes riesgos, que se mantiene fiel a sus ideas y a quienes junto a él las defendieron en el pasado y se atreven a defenderlas en el presente.

<sup>46</sup> *La Correspondencia de España*, 5 de mayo de 1866.

<sup>47</sup> *El Anfiteatro*, n.º 121, 31 de enero de 1878, p. 24.

<sup>48</sup> *La Correspondencia de España*, 1 de junio de 1879.

Desconocemos en qué medida afecta al doctor, a su museo y a su docencia, tan recalci-trante actitud progresista y republicana. Fuera como fuese, al año siguiente vuelve a las andadas, conjuntando de nuevo ciencia y política. En esta ocasión, aprovecha que el 27 de octubre de 1880 se cumple el 327 aniversario (una cifra nada «redonda») de la ejecución de Miguel Servet, para rendir homenaje a quien considera el más destacado héroe de la historia de la Medicina, para rechazar la intolerancia religiosa y la crueldad, y para defender el progreso de la ciencia y la libertad de cátedra (González Velasco, 1880b). Pese a que la lluvia hace «poco apetecible la excursión al excéntrico sitio que ocupa el Museo Antropológico»<sup>49</sup>, la asistencia al acto es numerosa, y cuenta con importantes personajes del mundo de la política, entre los que se destacan tres pesos pesados del republicanismo español: Castelar, Pi y Margall y Manuel Becerra. Por supuesto, la prensa más conservadora censura el acto con acritud<sup>50</sup>.

Al margen de actos político-científicos, Velasco participa en otros eventos más estrictamente académicos, destacando su elección como vocal en el IV Congreso Internacional de Americanistas que se organiza en Madrid en 1881, al que presenta una selección de piezas arqueológicas y etnográficas americanas de su museo. Pero donde su actividad es más intensa es en el seno de la antigua Sociedad Antropológica Española, refundida en 1880 (bajo la presidencia del doctor) como Sociedad Española de Antropología y Etnografía. En la sesión inaugural de la nueva etapa, el 14 de junio, Velasco lee una memoria sobre un tema que bien podríamos calificar como su última obsesión antropológico-etnográfica: las Hurdes y los jurdanos. Unos años antes habían ingresado en el museo algunos materiales etnográficos procedentes de esa comarca cacereña; bien sea debido a esas adquisiciones o porque existe un interés previo, el caso es que la miseria y las presuntas peculiaridades físicas y mentales de los jurdanos llaman poderosamente la atención del doctor. Por supuesto, nunca ha viajado a las Hurdes y muy probablemente nunca ha visto a un jurdano, pero su leyenda trágica (extremeña, como el gigante, ¡vaya casualidad!) ha echado a andar y nada la detendrá durante décadas. Como en otras ocasiones, Velasco edita un folleto con su brevísimo discurso, de poco más de cinco páginas (González Velasco, 1880a). En realidad, su única fuente de información es el artículo que apareciera décadas atrás en el famoso *Diccionario geográfico-estadístico-histórico* de Pascual Madoz<sup>51</sup>. La descripción de los jurdanos que hace el gran político progresista (correligionario del doctor) es sencillamente apocalíptica: son (y es literal) degenerados, indolentes, abyectos, sucios, impúdicos, asquerosos, repugnantes, bajos, míseros, adustos, selváticos, intratables, soberbios, pedigüños, falsos, propensos a la embriaguez, inmorales, brutalmente licenciosos, lujuriosos, criminales, parricidas, polígamos, irreligiosos, casi salvajes. Eso sí, reconoce que son ágiles. Al final, en cualquier caso, Madoz asume que no son ellos los responsables de su estado, sino «la nación que los deja olvidados o desatendidos».

Extraña que Velasco no hubiera conocido antes el texto; sea como fuere, la combinación de degeneración, primitivismo y salvajismo que parece caracterizar a los jurdanos es todo un hallazgo para nuestro doctor. Lo único que hace Velasco en su escrito es reproducir literalmente el de Madoz, citando su nombre de pasada, sin indicar que este sea el autor. Asume la bestial descripción sin atisbo de duda y sin la más mínima reflexión crítica. Su conclusión es tanto o más tremendista que la de Madoz: «Hoy que todos los países cultos se apresuran a promover la exploración del África, [...], empecemos nosotros por fijarnos en lo que tenemos en casa, y veamos si ese distrito que representa al desnudo el estado salvaje y primitivo del hombre, se convierte, por medio del trabajo bien dirigido, en centro de riqueza y felicidad».

<sup>49</sup> *El Globo*, 28 de octubre de 1880.

<sup>50</sup> *El Siglo Futuro*, diario tradicionalista, califica a los participantes en el acto de «fautores de la herejía protestante» (29 de octubre de 1880).

<sup>51</sup> Se publica en el tomo IX de la obra, editado en 1847, pp. 360-363. En contra de lo que afirma Giménez Roldán (2012: 282-283), Velasco nunca estuvo en las Hurdes.

## 9. Fallece Velasco, muere el museo

La implicación de Velasco en la nueva etapa de la Sociedad de Antropología se proyecta en alguna otra intervención en sus reuniones y, sobre todo, en la publicación de su nuevo órgano de difusión, que lo es también del museo: la revista *Museo Antropológico*, cuyo primer número se edita a finales de marzo o primeros de abril de 1881. A finales de este mismo año enferma; desde entonces, y hasta su muerte en octubre de 1882, los problemas de salud apenas le permiten trabajar. Previendo el futuro, y antes incluso de la grave pulmonía que le aqueja en diciembre de 1881, solicita, y obtiene el permiso, a las autoridades sanitarias para que su cadáver y el de su esposa sean enterrados en el propio museo<sup>52</sup>. En medio de esta coyuntura, y siendo consciente de que su patrimonio económico es rico pero adolece de liquidez, trata de asegurar el futuro de su obra y el de su esposa proponiendo al Estado la adquisición del museo. Debió de ponerse en contacto con el Gobierno en febrero de 1882, pues ya al mes siguiente la prensa informa de la comisión formada para estudiar la propuesta, que preside Cánovas del Castillo<sup>53</sup>. En su reunión del 4 de julio acuerdan emitir un primer dictamen favorable, e incluso determinan que se forme una subcomisión que habría de encargarse del reparto de las colecciones y materiales entre los museos que se considerasen oportunos<sup>54</sup>. Es evidente, por tanto, que desde este primer momento nadie proyecta la continuidad de la institución. En abril de ese mismo año se publica un folleto, dirigido expresamente a la comisión evaluadora, en el que tras una exaltada biografía de Velasco se presentan las cualidades del museo y las ventajas que tendría para la ciencia y la patria su adquisición por el Estado (ODJ, 1882). Aunque sin su firma, es obvio que el escrito lo redacta o lo inspira directamente el propio Velasco (o quizás Pulido); y también es evidente que, a pesar de su enfermedad, aún se cree capaz de seguir atendiendo el museo. De hecho, en el folleto se anota que «Si el Museo Antropológico del doctor Velasco pasa a ser propiedad de la Nación, y se confiere la *Dirección* de por vida, pero sin sueldo, a su fundador, propónese este plantear reformas importantes y muy útiles mejoras». Pese al inicial dictamen favorable, no debió de producirse una resolución definitiva<sup>55</sup>, por lo que en marzo de 1883, tras la muerte de Velasco, vuelve a reunirse la comisión. En un principio, habían tasado en seiscientos mil pesetas el valor del edificio y en doscientas mil las colecciones, aunque estas últimas no entran finalmente en el acuerdo, pues «han sido legadas al Estado por el propietario»<sup>56</sup>. La venta del museo, cuyo precio final es de 555.000 pesetas, se escritura el 15 de febrero de 1888 (Giménez Roldán, 2012: 256). Se abona entonces el primero de los tres plazos establecidos; el último se hace efectivo a principios de 1890<sup>57</sup>.

Retornemos de nuevo a 1882. Velasco enferma de gravedad en el mes de septiembre y ya no se recupera. Fallece la tarde del 21 de octubre. Toda la prensa madrileña informa de su

<sup>52</sup> *La Correspondencia de España*, 16 de noviembre de 1881.

<sup>53</sup> *El Día*, 14 de marzo de 1882. Forman parte de la comisión, entre otros, los políticos Castelar, Pi y Margall, Romero Ortiz y Silvela; los científicos Galdo, Vilanova y Tubino, y el arquitecto del museo.

<sup>54</sup> *El Día*, 5 de julio de 1882.

<sup>55</sup> De todas formas, sí parece que se hizo ya una primera evaluación de las colecciones. En el Museo Nacional de Ciencias Naturales se conservan varios inventarios parciales (sobre historia natural y el laboratorio de química), uno de los cuales anota que «La colección de instrumentos [médicos y quirúrgicos] queda por ahora reservada, ínterin el Doctor Velasco sigue ejerciendo la profesión y no deja de prestar sus servicios profesionales a la humanidad. Igual sucede respecto a la Biblioteca, únicas cosas que no enajena ni entran en la cesión del Museo al Gobierno». Es obvio, por tanto, que el listado se confecciona antes de octubre de 1882 (Cátedra de Antropología 1859-1902, caja 3, legajo 24).

<sup>56</sup> *La Discusión*, 14 de abril de 1882.

<sup>57</sup> Por virtud de una Real orden del Ministerio de Fomento, de 30 de julio de 1888, el rector de la Universidad Central nombra una comisión mixta formada por catedráticos de las Facultades de Medicina y de Ciencias, encargada del reparto del edificio y de sus colecciones. La primera reunión se celebra el 23 de septiembre de 1888; la última, el 19 de abril de 1893. Durante estos años, y tras superar profundos desencuentros por la distribución de espacios, se trasladan las colecciones correspondientes a las citadas facultades, al Museo de Ciencias, al Arqueológico y a las diferentes facultades de Medicina del país. Las actas de esta comisión (y la relación de envíos a las facultades de Medicina) se conservan en el Archivo General de la Universidad Complutense (sig. SG-2531).



Figura 13. Esquela del doctor Velasco (*La Correspondencia de España*, 22 de octubre de 1882).

el 21 de noviembre, la Academia Española de Ciencias Antropológicas organiza un homenaje póstumo en el Teatro de la Alhambra de Madrid (Benavente *et al.*, 1882). Lo preside el doctor José de Letamendi; participan amigos y discípulos, entre ellos Pulido, Benavente y Tolosa Latour. Se leen escritos biográficos, recuerdos personales y poemas. El acto concluye con «la coronación del busto del gran médico y filántropo» (figuras 13 y 14).

Pasado el momento inicial de obituarios y homenajes, la figura del doctor Velasco se desvanece; ni siquiera la clase médica parece mostrarle el más mínimo aprecio. Lo único que lo recuerda en el Madrid de finales de siglo es un edificio tan impresionante como espectral: su museo, cerrado entonces al público a cal y canto pero que durante décadas seguirá siendo conocido como Museo del doctor Velasco.

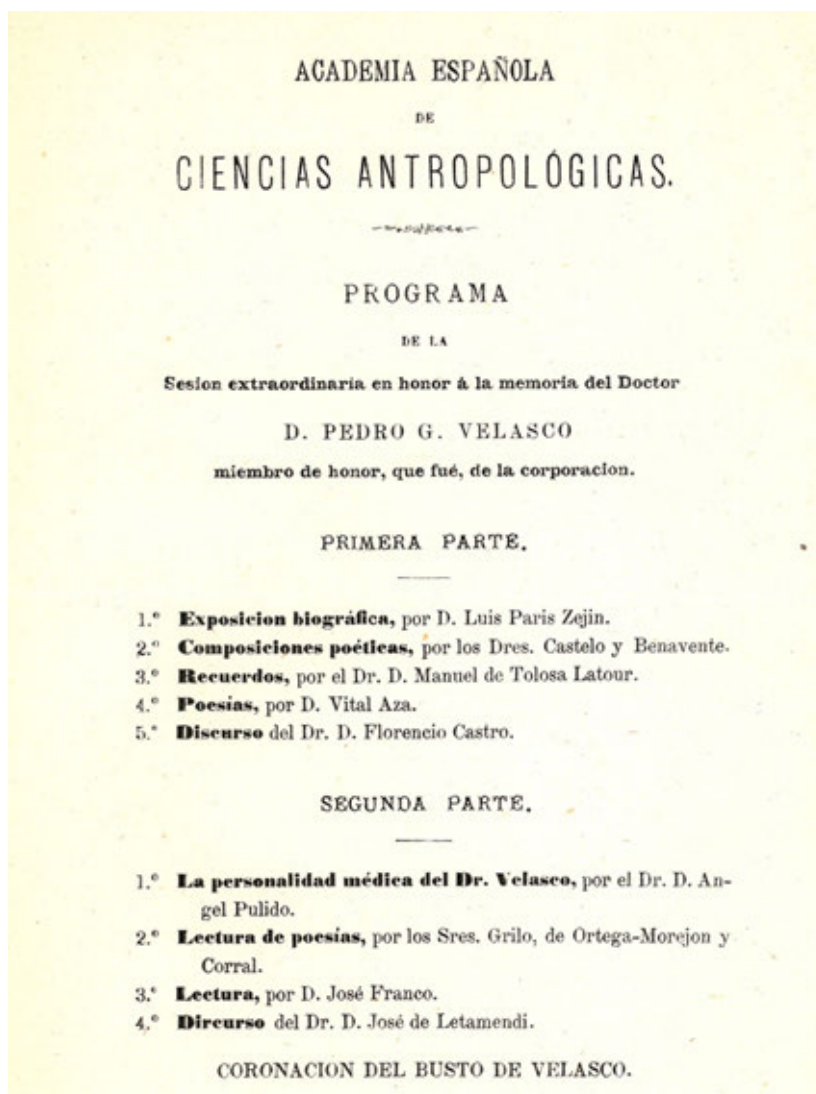
muerte y casi toda elogia la vida y la obra del doctor. El cadáver, inevitablemente embalsamado, permanece expuesto en el salón grande del museo durante los dos días siguientes; al final, ¡también el doctor es parte de la exposición! Aunque quizás exagere, dada su afinidad ideológica con Velasco, *La Correspondencia de España* asegura (el 24 de octubre) que durante estas jornadas «miles de personas» se acercan al museo para rendirle homenaje, «desde las más altas clases sociales a las más humildes», lo que atestigua «la inmensa popularidad del finado». El diario apunta un dato más de interés: en la tumba abierta al fondo del salón que ha de acoger su cadáver, Velasco será «acompañado del de su hija, que se conserva ahora en la capilla reservada que tiene el museo»<sup>58</sup>. Las exequias tienen lugar el día 25 en la cercana basílica de Atocha. Están presentes el gobernador civil de Madrid, el rector de la Universidad, numerosos colegas de la profesión médica, estudiantes y representantes de hospitales, de la prensa médica, de academias y de sociedades científicas, además de numeroso público. No se menciona a políticos<sup>59</sup>. El féretro fue conducido seguidamente al museo, recibiendo sepultura en el salón grande<sup>60</sup>. Un mes después,

<sup>58</sup> Es por tanto falso que Velasco exponga al público, como una pieza más del museo, el cadáver momificado de su hija. Lo que no podemos confirmar es si finalmente es enterrada junto al doctor. Pulido (1894: 67) parece insinuarlo, pero no queda del todo claro. Mucho después, el mismo autor (Pulido, 1926: 58) asegura de forma explícita que el propio Velasco decidió un día sacar a su hija de la capilla donde la guardaba y darle «sepultura en el salón grande». Es imposible que lo hiciera, pues en 1882 continuaba en la capilla. Puede que fuera entonces cuando se inhumara juntos al padre y a la hija, pero ningún artículo de prensa menciona que durante el entierro de Velasco se proceda también al de Concha. En cualquier caso, en 1886 la viuda del doctor se lleva finalmente los restos de su hija al cementerio de San Isidro, ya estuvieran entonces en la capilla o en la sepultura del salón grande.

<sup>59</sup> *La Iberia*, 25 de octubre de 1882.

<sup>60</sup> La sepultura no se situaba en el centro del salón, sino cercana al acceso al salón pequeño y algo desviada hacia la derecha. La localización se deduce de las fotografías que del salón grande y la tumba se reproducen en el semanario *Nuevo Mundo*, el 18 de mayo de 1928.





**Figura 14.** Programa de la sesión extraordinaria organizada por la Academia Española de Ciencias Antropológicas en honor del doctor Velasco, el 21 de noviembre de 1882. Real Academia Nacional de Farmacia, legajo 142, expediente 2, n.º registro 999, «Correspondencia cursada entre el Colegio de Farmacéuticos de Madrid y otros organismos e individuos».

## 10. Inventario y colecciones

Aunque anotamos que hasta febrero de 1888 no se escritura la compra venta del museo, el visto bueno se da en el verano de 1887. Una Real Orden de 7 de julio de ese año ordena la formación de una «comisión de incautación»<sup>61</sup>. La forman el rector de la Universidad, Francisco de la Pisa Pajares; los catedráticos Matías Nieto Serrano (Medicina), Juan Vilanova Piera (Geología) y Federico Olóriz Aguilera (Anatomía); y el secretario general del Consejo de Instrucción Pública. Se reúnen por vez primera el 14 de octubre. Dos días después comienzan a redactar el inventario, que está concluido el 29 del mismo mes. El documento resultante (que firman en esa fecha

<sup>61</sup> Se utiliza el término «incautación», aunque se trata de una simple compra por parte del Estado.

los miembros de la comisión junto con Ángel Pulido, este en representación de la viuda de Velasco) tiene cincuenta y seis folios y enumera, con un primoroso detalle decimonónico, todo lo que contiene el Museo Antropológico, exceptuando, como es obvio, los espacios correspondientes a la que fuera vivienda del doctor<sup>62</sup>. Podemos considerar que este inventario es el verdadero testamento de Velasco, pues nos ofrece una imagen nítida de lo que guarda el museo en 1887, que es todo lo que había reunido su propietario hasta su muerte, en 1882.

El salón grande tiene en su zona central la mayor parte de las piezas que muestran las fotografías de Laurent de 1875. Uno de los dos armarios-vitrina que se contemplan al fondo de la sala (y la mitad del segundo) guarda la «sección de moluscos»; el otro y uno más largo (que se ve en las fotos del libro de Pulido) exhiben la de minerales. Las camas y sillas operatorias que se ven en los primeros años se han reducido a una o dos, según se consulte el inventario o su borrador. Siguen presentes el «árabe» en yeso, la urna con un esqueleto, el caballo anatómico en madera<sup>63</sup>, otros dos disecados, la figura humana anatómica y el globo terráqueo (no se cita el modelo de sistema planetario que se ve en 1875). Como ya adelantamos, se menciona expresamente a «dos individuos de la raza negra, hombre y mujer, disecados con su piel natural», cuya autenticidad no queda clara. Otras novedades con respecto a los primeros tiempos son una momia andina, el conjunto formado por un dromedario y un leopardo disecados y, finalmente, el vaciado del «Gigante extremeño». Sobre la cancela continúan los óleos que representan «la formación del cosmos y la historia de la Tierra». Sobre los muros de la planta baja se despliegan setenta y dos armarios, todos numerados. En lógica clave evolucionista<sup>64</sup>, y tras haber mostrado en imágenes la historia del cosmos, los trece primeros exhiben colecciones que dan fe de cómo era la Tierra en aquellos tiempos lejanos: hay «zoófitos», algas, helechos y fósiles de plantas y animales. Luego toca hablar del ser humano, comenzando por explicar su aparato genital y reproductivo y las fases de desarrollo del feto, algo que se hace con decenas de esqueletos y fetos conservados en alcohol, y también alguno disecado<sup>65</sup>. Como la gestación escapa en ocasiones a la normalidad, los armarios siguientes disponen un abundante despliegue de cuadros, fotografías, moldes, preparaciones y fetos teratológicos. A continuación, se explica el esqueleto humano; aquí encaja a la perfección el esqueleto de Luengo (armario número 30), seguido de parte de la colección de cráneos del museo (unos quinientos), que se acompaña de algún cráneo de mono, cuadros, modelos frenológicos, «cuatro cabezas representativas de las principales razas humanas», cabezas de momias egipcias y una *tzantza* jíbara. Se repasan seguidamente los huesos de las extremidades, sus músculos, los del tórax, vísceras y órganos internos, sistema respiratorio, órganos genitales, venas, arterias y sistema linfático (figuras 15 y 16).

Los setenta y cinco armarios de la galería comienzan presentando el cerebro, el sistema nervioso, la vista, el oído, el olfato y la boca. El número 79 guarda «una Venus tamaño natural,

<sup>62</sup> *Museo Antropológico del Doctor Don Pedro González Velasco*. Inventario (manuscrito), Archivo del Museo Nacional de Antropología, sig. 52/1887/5. Con la misma signatura se conserva otro inventario, sin firmar y organizado en cuadernillos, que parece ser el borrador original. En algunas partes contiene alabanzas a las cualidades del museo que no se recogen en el firmado; en otras, los contenidos de las habitaciones se enumeran con más detalle en cuanto a su localización, aunque sin presentar el desarrollo literario del segundo. Entre uno y otro existen algunas diferencias sensibles que citaremos.

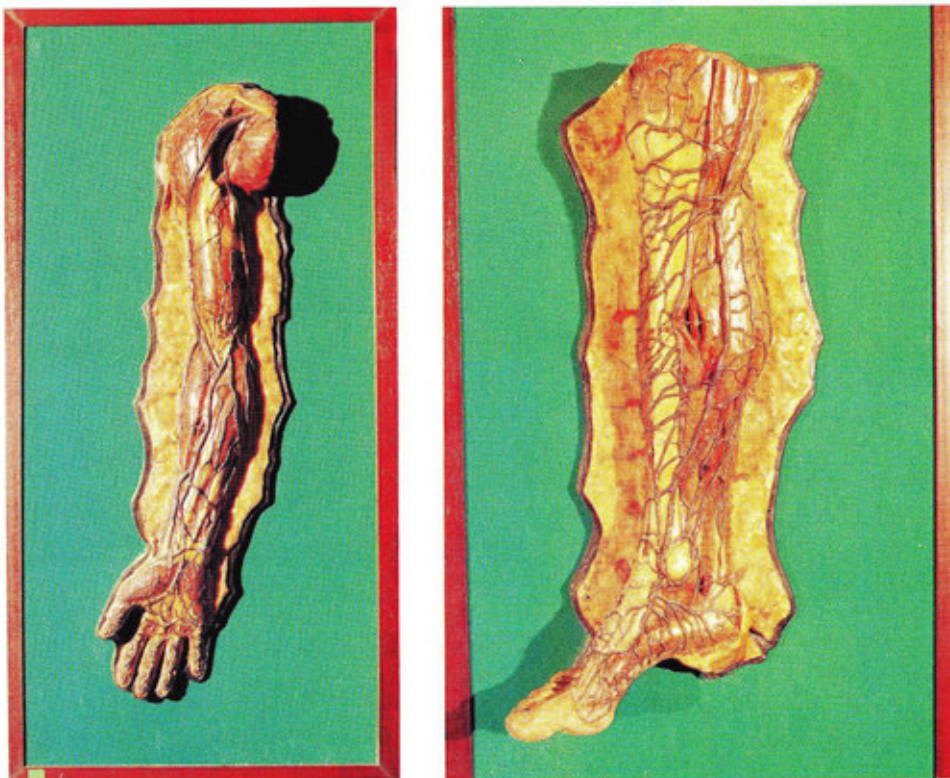
<sup>63</sup> Después de pasar por el Museo de Ciencias Naturales, hoy forma parte del renovado Museo Veterinario Complutense que dirige Joaquín Sánchez de Lollano, a quien agradecemos la información proporcionada.

<sup>64</sup> El evolucionismo de Velasco y de su museo es peculiar. Por una parte, y pese a su marcado positivismo, no existe ni el más mínimo atisbo de propuesta explicativa de la evolución biológica del ser humano. Por otra, aunque la exposición da a entender que el «Cosmos» y la Tierra tienen una historia mucho más larga y compleja que la propuesta por la Biblia, la interpretación creacionista sigue estando latente.

<sup>65</sup> Por cierto, el armario número 17 guarda en una caja una singularísima pieza que refleja la condición obsesiva y poco menos que patológica del doctor: ¡la placenta de su hija!



**Figura 15.** Vaciado de feto teratológico conservado en el Museo Antropológico (*El Anfiteatro Anatómico Español*, n.º 32, 15 de mayo de 1874, p. 101).



**Figura 16.** Cuadros anatómicos en estuco pintado (del sistema circulatorio del brazo y de la pierna) elaborados a partir de preparaciones del doctor Velasco. Pertenecientes originalmente al Museo Antropológico y remitidos a la Facultad de Medicina de Santiago de Compostela (donde se conservan) en 1892, tras la adquisición del museo por el Estado (Gallaecia Fulget, 1995: 430-431).

de cartón piedra»<sup>66</sup> y «veinte preparaciones de piel humana, con grabados [tatuajes] hechos en vida». Entre algunos armarios con preparaciones de patologías hay alguno con plantas desecadas y otro que guarda una «momia de mujer joven», probablemente la hija del médico Manuel Tarín, que este dona al doctor en 1873 y que durante décadas se consideró que correspondía a la momia de la hija de Velasco (Dorado *et al.*, 2010). Siguen bustos, preparaciones, cuadros y moldes de innumerables patologías, que dan paso a un par de armarios con medicamentos y plantas medicinales (figura 17). Vienen luego vendajes y ortopedia, operaciones en extremidades, intervenciones en el aparato urinario y sistema reproductor, tumores, gangrenas y, como colofón, una decena de armarios con más moldes, cuadros y preparaciones de la más temible y amoral de las enfermedades: la sífilis. En la base de la barandilla, y en toda su longitud, se sitúa la denominada «sección de botánica»: son doscientos setenta cuadros con plantas desecadas. Sobre los armarios de la galería se disponen veintiún bustos de médicos y filósofos de la Antigüedad y alguno de época contemporánea, además de los de Cervantes y Lope de Vega.



Figura 17. Modelo de tumor canceroso conservado en el Museo Antropológico (*El Anfiteatro Anatómico Español*, n.º 3, 28 de febrero de 1873, p. 35).

<sup>66</sup> Suponemos que es una venus anatómica blanca. Quizás sea alguno de los dos maniqués que se ven en las fotos de Laurent, situados a ambos lados de la puerta de acceso al salón pequeño, y que no se citan expresamente en los inventarios. Parecen figuras de mujer desnudas, cubiertas ambas por velos semitransparentes.

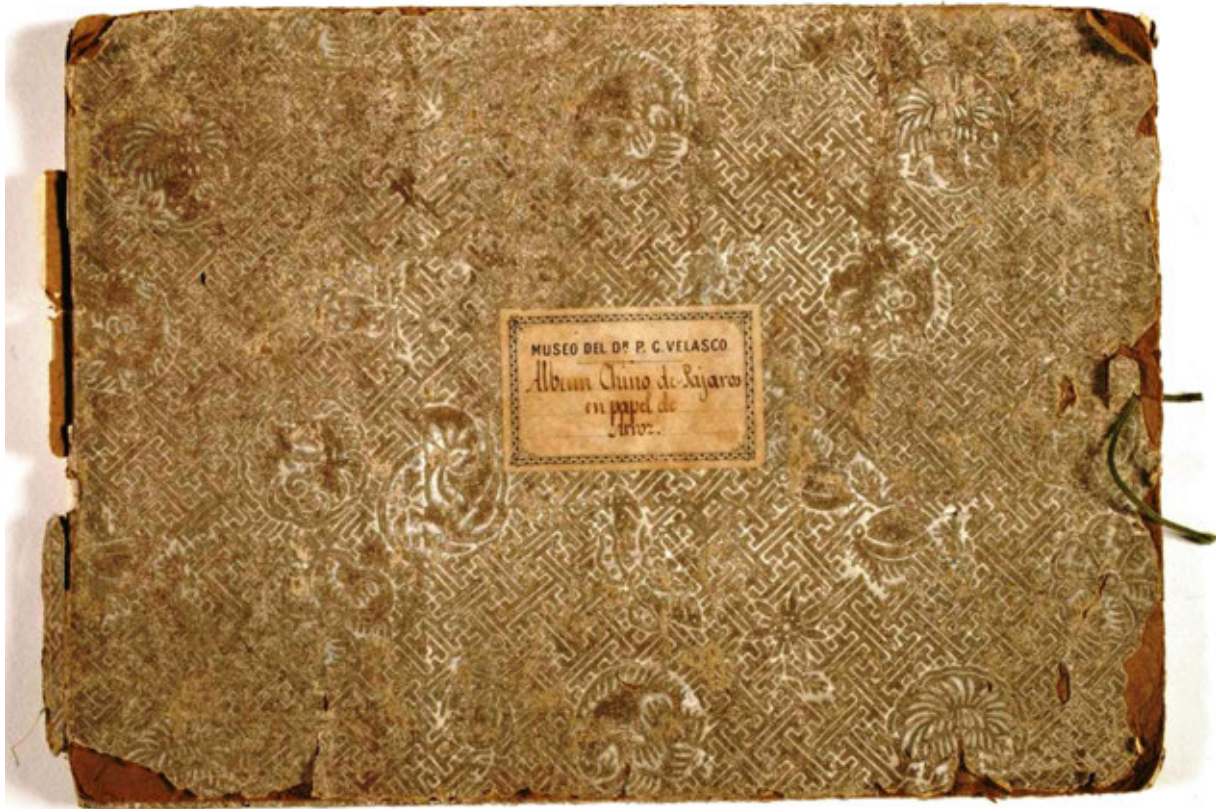
El salón pequeño era el destinado originalmente a la «anatomía comparada», es decir, a presentar ejemplares de zoología que permitirían su estudio comparado con la anatomía humana. Desde su parcial instalación en 1875 sólo parece haber crecido en ejemplares, no en sistematización. Hay treinta y ocho armarios con decenas de esqueletos, cráneos, animales normales y teratológicos disecados y frascos con vísceras, además de una colección de láminas de botánica y otra de mármoles. También se exhiben piezas directamente sobre los muros. Dispone de una galería sobre la puerta de entrada, que comunica las dos alas laterales del museo (figura 18).

Como vimos, una puerta en la pared de la izquierda da acceso a una habitación que acoge la «sección de curiosidades». A continuación viene otro pequeño espacio dedicado a la «historia del trabajo», que da paso al salón de aves. Las dos primeras reúnen la más variopinta y desordenada colección de objetos que podamos imaginar: arqueológicos, históricos, contemporáneos, etnográficos... Algunos son un puro disparate; otros, no tanto. Hay piezas romanas, armas, uniformes, objetos de las guerras carlistas, medallas, algunos libros, cerámicas y banderas; pero también frascos con agua del Jordán, una presunta llave y cerradura del Conde Duque de Olivares y ¡varios trozos del «cable sub-marino que une Europa con América»! Hay, no obstante, algunas piezas destacadas, como más de una treintena de objetos etnográficos de Oceanía y África, fotografías de «igorrotos» filipinos, una colección de estampas de tipos de Manila y otra con ciento doce pinturas chinas sobre papel de arroz<sup>67</sup> (figura 19). El salón de aves, bastante más grande, dispone nada menos que de cuarenta y un armarios y dos vi-



**Figura 18.** Salón pequeño o de «anatomía comparada» (zoología). La puerta del fondo da entrada a la «sección de curiosidades», en el ala del antiguo paseo de Atocha (Pulido, 1894: 85).

<sup>67</sup> Son de la clase denominada «pinturas chinas de exportación», elaboradas durante los siglos XVIII y XIX para su venta a los comerciantes occidentales. Hace unos años el Museo Nacional de Antropología organizó una exposición con estas piezas, editando un interesante catálogo (Santos Moro, 2006). Hay láminas sueltas y el *Álbum chino de pájaros* reproducido en la figura 19.



**Figura 19.** Cubierta del *Álbum chino de pájaros en papel de arroz*, con la etiqueta original del Museo Antropológico del doctor Velasco (33 × 24 cm). Museo Nacional de Antropología, n.º de inventario CE18763.

trinas exentas. Guarda casi mil esqueletos y ejemplares disecados, incluido un avestruz, y medio millar de nidos y huevos. Por último, la denominada «sección de numismática» no ocupa una habitación propia; probablemente se guarda en el despacho del doctor: reúne dos mil monedas, muchas de época romana y algunas de oro<sup>68</sup>.

El inventario enumera el contenido de una interesante «sección de antropología» que no se cita en las guías del museo y que debería de situarse en el ala de Alfonso XII. Contiene instrumental, moldes, cabezas anatómicas, cráneos normales, de criminales y de diferentes tipos étnicos. El registro diferencia esos materiales (que agrupa bajo el título de «craneología») de los «etnográficos». La relación de estos últimos incluye muy variados objetos domésticos (entre ellos un trillo y un arado castellanos) y exóticos (cerámica marroquí) y diez entradas que se definen como «Un tipo de habitante de [...]»<sup>69</sup>. Son varios españoles (entre ellos tres de las Hurdes), uno sin procedencia pero del siglo XVIII, un patagón, un tipo de «soldado de Paraguay» y otro más «de hombre primitivo». ¿Qué son en realidad? Si fueran cráneos se habrían citado en el apartado anterior; tampoco son fotografías. Pueden ser modelos de cabezas, o quizás maniqués, porque no parece plausible que se trate de individuos disecados<sup>70</sup>. Sin embargo, y resulta llamativo, a

<sup>68</sup> No hay inventario del despacho, aunque se indica que diversas piezas (candiles, vasijas, ídolos, sillones) anotadas en el registro proceden de allí.

<sup>69</sup> El borrador tampoco aclara nada. Se limita a enumerar los 71 ítems de la habitación, comenzando así: «1.º Tipo de un habitante de [...]».

<sup>70</sup> De todas formas, el asunto no queda del todo claro. Quizás le llegara esta dudosa información al redactor del *Almanaque Bailly-Bailliere* de 1896, pues al describir el museo (entonces probablemente cerrado al público) anota que en el salón grande se exhiben «diversos maniqués e individuos con la piel curtida de diferentes naciones y de provincias de España» (p. 385).



**Figura 20.** Muñeco masculino con indumentaria tradicional de Japón, perteneciente al antiguo Museo Antropológico (altura: 104 cm). Museo Nacional de Antropología, n.º de inventario CE4695. Fotografía: M.ª Dolores Hernando Robles.

renglón seguido el inventario refiere que esta sección guarda precisamente «la piel curtida del gigante Alonso [*sic*] Luengo, rellena y vestida con un traje de los que él usaba». El borrador no cita aquí al gigante, sino en la «cátedra de análisis y antropología» que seguidamente reseñamos. Además, menciona que se conservan «dos preparaciones humanas»: la de Luengo y otra más «con el traje de Moratín», aunque desconocemos qué es exactamente a lo que se refiere.

También en la planta baja del ala de Alfonso XII se sitúa la «cátedra general». Tiene una gradería con ocho filas de asientos y en ella se guarda gran número de piezas anatómicas, preparaciones, huesos, cuadros y moldes utilizados por Velasco en sus clases. La «cátedra de análisis y antropología»<sup>71</sup>, que suponemos anexa a la anterior, dispone de frascos con reactivos, una colección de mapas de todas las provincias españolas, la máquina eléctrica de disco que se ve en la litografía del museo de Atocha 90<sup>72</sup> y unas cuantas curiosidades: materiales arqueológicos, «seis figuritas alegóricas de trajes y costumbres de varios países»<sup>73</sup> (figura 20), diez «maniqués con trajes alegóricos de España»<sup>74</sup>, candiles, azulejos y hasta un «orinal con funda de terciopelo» que habría pertenecido a Carlos III. En esta misma planta, hacia el interior (y accesible desde el salón pequeño), se encuentra el «laboratorio químico», con cocina y todo el instrumental que le es propio. La «enfermería» que cita el inventario ocupa probablemente varias habitaciones del piso principal de esta misma ala de Alfonso XII, alguna de las cuales debió de acoger hasta 1880 la redacción de *El Anfiteatro*. Dispone de material sa-

<sup>71</sup> Muy probablemente se trata del «gabinete de estudios microscópicos» que refiere Pulido en sus trabajos.

<sup>72</sup> Agradezco a Ignacio de la Lastra González (del Museo Nacional de Ciencia y Tecnología, en su sede de Madrid) la identificación y la información proporcionada sobre este aparato.

<sup>73</sup> El maniqué con indumentaria tradicional japonesa que se muestra en la figura 20 corresponde quizás a este grupo.

<sup>74</sup> Se citan en el borrador, no en el inventario definitivo, y en principio no se corresponderían con los «tipos» humanos mencionados en la «sección de antropología», dado que estos no son sólo de España. Sin embargo, es probable que al final unos y otros sean la misma cosa, especialmente si tenemos en cuenta que el borrador cita al gigante también en la «cátedra de antropología», no en la «sección de antropología», donde le sitúa el inventario final.

nitario y cinco camas «modelo especial». Por último, el sotabanco situado encima de este piso da cabida a la «sección de modelos, moldes y originales», con preparaciones y moldes a medio hacer y todo el mobiliario y utillaje necesario para fabricarlos, para pintarlos y para macerar piezas anatómicas y cadáveres.

## 11. Balance final

Una vez revisado el inventario de 1887, queda claro que el Museo Velasco no es un museo etnográfico, pero tampoco es un museo típico de anatomía<sup>75</sup>. Hay piezas que nos remiten directamente a una museografía del disparate, a un coleccionismo de lo absurdo; pero el museo dista mucho de ser un sinsentido. Su discípulo y principal biógrafo no tiene reparo en reconocer que «le engañaba quien quería» (Pulido, 1894: 38), y que su gran creación era «un Museo abigarrado, conjunto de muy variadas colecciones, y acusaban en parte poca escrupulosidad en la selección. [...] Velasco [...] aceptaba todo, lo bueno y lo malo, lo útil y lo inútil, lo auténtico y lo falso... y [...] todo lo estimaba merecedor de aprecio y aprovechable para alguna enseñanza» (Pulido, 1894: 92). Dicho esto, destaca la relevancia de las colecciones anatómicas, osteológicas, craneológicas, embriológicas y teratológicas que, según él, superan a la mayoría de las conservadas en los museos de anatomía europeos.

Por nuestra parte, debemos añadir que entre el maremágnum de materiales no anatómicos el museo dispone de piezas que superan con creces el marchamo de mera curiosidad, presentando auténtico interés antropológico, etnológico o etnográfico: series de cráneos; momias andinas; indumentaria de pueblos americanos; trajes tradicionales españoles; cestería y objetos diversos africanos y americanos; un buen número de armas, útiles domésticos y vestidos de Filipinas; maniqués etnográficos; cerámicas españolas y marroquíes; aperos de labranza; colecciones de láminas y fotografías de tipos de España y Filipinas, etc. El problema es que son precisamente estos los objetos que Velasco no está en condiciones de ordenar, pues escapan por completo a sus conocimientos médicos y anatómicos. De manera difusa es consciente, como apunta Pulido, de que tienen interés, de que pueden servir «para algo», pero nunca se articulan y exhiben de acuerdo con una cierta lógica, algo que sí encontramos en los materiales anatómicos y teratológicos que se muestran en los armarios del salón grande. Con tan enormes limitaciones, es habitual (y en buena medida comprensible) que la historiografía moderna califique su museo de mero almacén de curiosidades<sup>76</sup>. Sin embargo, nos atreveríamos a afirmar que lo que guía los afanes de Velasco es algo más que una mera obsesión coleccionista, es una verdadera utopía. Su objetivo último es conocer y dar a conocer al ser humano: en su condición normal y patológica; en el pasado y en el presente; civilizado y primitivo. Pretende que su palacio (su templo) sea centro docente y museo, aunque en realidad el segundo debía estar subordinado al primero. Pero para conocer y explicar al ser humano considera indispensable conocer todo aquello que le rodea, desde el principio de los tiempos; por eso los cuadros con imágenes de la «formación del cosmos» son el punto de partida para quien visita su museo. Tiene tiempo, dinero y espacio para proyectar su imagen del ser humano normal y patológico en los armarios del salón grande, pero no es capaz de consolidar el resto del proyecto. De ahí que todas las demás piezas y colecciones carezcan de sistematización,

<sup>75</sup> No obstante, hemos de reconocer que es sobre todo un museo médico-anatómico, el más importante levantado nunca en España. Por ello sorprende que haya sido tan poco valorado por buena parte de la historiografía médica en España. Valga como ejemplo que en un extenso trabajo, de autor español, sobre historia de la museología médica, lo único que se dice del museo es su nombre y año de fundación (Cid, 2007, vol. I: 22).

<sup>76</sup> No obstante, Velasco nunca denominó a su creación «Museo Anatómico y Universal de Curiosidades», como afirmaba Arquiola (1986: 21) en un muy interesante artículo sobre el doctor. Este es el término que, según Moreno (1945: 14), tendría que haberle aplicado su fundador debido a la heterogeneidad de sus colecciones.



de ahí que las demás salas del museo se conviertan en algo parecido a una nueva Arca de Noé destinada a preservar la memoria de al menos un ejemplar de todo aquello que existió y existe, ya fuere humano, animal, vegetal o mineral.

Antes de concluir, y aunque no es este el momento de revisar el lugar ocupado por Velasco en la historia de las ciencias médicas y antropológicas en España, considero que es un deber de justicia histórica reconocer la extraordinaria importancia que en su momento tuvo la creación del Museo Antropológico, una institución levantada exclusivamente con sus propios recursos (económicos y logísticos) y que, pese a las alabanzas contemporáneas, pocos supieron valorar y menos aún se decidieron a apoyar. De hecho, el doctor Velasco es de uno de los pocos propietarios de colecciones anatómicas académicas que consigue reconvertirlas en un verdadero museo, y bien podría ser el único que en la Europa del siglo XIX es capaz de alojar su creación en un nuevo y suntuoso edificio concebido expresamente con ese objetivo. Con todas sus limitaciones y desatinos, y a pesar incluso de que pudieran no compartirse los criterios sobre los que se sustentaba su discurso expositivo médico-anatómico, llama poderosamente la atención que, tras su compra por el Estado, nadie se planteara la continuidad del proyecto. El cadáver del Museo Antropológico fue carroñeado y troceado sin escrúpulos. Parte de sus colecciones anatómicas y zoológicas fueron mejor o peor aprovechadas. Quizás también algunas de las arqueológicas; probablemente mucho menos las etnográficas. Afortunadamente, y pese a los sucesivos e intensos cambios sufridos, algún retazo del titánico proyecto de Velasco se ha preservado y su *templo* continúa siendo sede de un no muy grande pero sí muy activo Museo Nacional de Antropología... ¿Es hoy el antiguo edificio de Atocha el lugar adecuado para albergarlo? En caso afirmativo, ¿convendría revisar el discurso museográfico? Quizás sea mejor que respondan otros.

## Bibliografía

- ARQUIOLA, Elvira (1986): «González Velasco, reformador de los saberes morfológicos». *Medicina e Historia. Revista de Estudios Históricos de las Ciencias Médicas*, 14, pp. 3-26.
- BENAVENTE, J. *et al.* (1882): *Academia Española de Ciencias Antropológicas. Sesión extraordinaria dedicada a honrar la memoria del Excmo. Sr. D. Pedro G. Velasco*. Madrid: Est. Tipográfico de Gabriel Pedraza.
- BENAVENTE, Jacinto (1962) [1944]: *Recuerdos y olvidos (Memorias)*. Madrid: Aguilar.
- CABEZAS, Juan Antonio (1971): «El doctor Velasco, personaje real de un cuento de Poe. La verdadera biografía y la leyenda necrofílica de un catedrático de anatomía de San Carlos». *ABC*, 28 de agosto, pp. 32-37.
- CAMPOAMOR, Ramón de (1879): *Por donde viene la muerte y Los grandes problemas. Pequeños poemas. Segunda edición*. Madrid: English y Gras, Editores.
- CID, Felip (2007): *Museología médica. Aspectos teóricos y cuestiones prácticas*. Bilbao: Museo Vasco de Historia de la Medicina y de la Ciencia, José Luis Goti, 2 vols.
- DORADO FERNÁNDEZ, Enrique *et al.* (2010): «La momia de la hija del doctor Velasco. Disección de una leyenda». *Revista de la Escuela de Medicina Legal*, 13, pp. 10-30 [En: <http://revistas.ucm.es/index.php/REML/article/view/REML1010130010A/22910>].
- FOLGADO DE TORRES, Luis C. (2013): *El hombre que compraba gigantes. La historia más alucinante duerme en un museo*. Madrid: Áltera.
- GALLAECIA FULGET (1995): *Gallaecia Fulget (1495-1995). Cinco siglos de historia universitaria*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.

- GIMÉNEZ ROLDÁN, Santiago (2012): *El Doctor Velasco. Leyenda y realidad en el Madrid decimonónico*. Madrid: Editorial Creación.
- GONZÁLEZ VELASCO, Pedro (1854): *Museo de Dupuytren, de París, erigido a expensas del Estado por los desvelos de D. Mateo Orfila [...] con una reseña de los gabinetes de París y Londres*. Madrid: Imprenta de Don Alejandro Gómez Fuentesnebro.
- (1864): *Reseña histórica de los trabajos anatómicos del doctor don Pedro González Velasco, escrita por el mismo en sus últimos viajes al extranjero. Dedicada al profesorado español*. Madrid: Imprenta de Manuel de Rojas.
- (1878a): «Exposición Universal de París de 1878. Índice de los objetos presentados por el Dr. Velasco». *El Anfiteatro Anatómico Español*, 121, pp. 22-24 (31 de enero de 1878).
- (1878b): «Exposición Universal de París de 1878. Objetos remitidos por el Dr. Velasco». *El Anfiteatro Anatómico Español*, 122, pp. 32-33 (15 de febrero de 1878).
- (1878c): *Catálogo de los objetos presentados en la Exposición Universal de París en 1878*. Madrid: Imp. Central a cargo de V. Saiz.
- (1880a) *Las Hurdes. Nota a la Sociedad Española de Antropología y Etnografía*. Madrid: Imprenta de Aurelio J. Alaria.
- (1880b): *Miguel Servet. Memoria leída el día 27 de octubre de 1880 por el doctor D. Pedro González de Velasco en la sesión inaugural que celebró La Sociedad Anatómica Española en su curso académico de 1880-81*. Madrid: Imp. Central a cargo de V. Saiz.
- GOODE, Joshua (2009): *Impurity of Blood. Defining Race in Spain, 1870-1930*. Baton Rouge: Louisiana State University Press.
- MARTIN-MÁRQUEZ, Susan (2003): «Anatomy of a Black Legend: Bodies of Cultural Discourse and Madrid's National Museum of Anthropology». *Journal of Spanish Cultural Studies*, 4 (2), pp. 205-222.
- MARTÍNEZ GINESTA, Miguel (1874): «El Museo Antropológico del doctor González de Velasco». *Revista Europea*, 39, pp. 126-128.
- (1875): «El Museo Antropológico del doctor Velasco». *Revista Europea*, 58, pp. 190-193.
- MONTES PARDILLA, María Teresa (2013): «La Biblioteca del Museo Nacional de Antropología: orígenes e historia». *Anales del Museo Nacional de Antropología*, XV, pp. 223-238 [En: <https://sede.educacion.gob.es/publiventa/detalle.action?cod=14519C> ].
- MORENO, Luciano (1945): «El Dr. González de Velasco y la fundación del Museo Antropológico». *Trabajos del Instituto Bernardino de Sabagún de Antropología y Etnología. Antropología*, I, pp. 9-22.
- MUGUERZA BERNAL, Tomás (1935-36): «Breve reseña biográfica del Dr. Pedro González de Velasco». *Trabajos de la Cátedra de Historia Crítica de la Medicina*, VII, pp. 141-151.
- ODJ (1882): *El Doctor D. Pedro González de Velasco y su Museo Antropológico. A los señores de la comisión que por especial encargo del Excmo. Señor Ministro de Fomento han de juzgar sobre la importancia científica de dicho museo*. Madrid: Imprenta Central a cargo de Víctor Saiz.
- PERERA Y PRATS, Arturo (1967): «La vida del Dr. Velasco, creador de un museo». *Anales de la Real Academia Nacional de Medicina*, 84, pp. 351-370.
- PORRAS GALLO, M. Isabel (2002): «Buscando la renovación de la enseñanza médica en la España decimonónica: La Escuela Teórico-Práctica de Medicina y Cirugía del Hospital General de Madrid y la Escuela Práctica de Medicina y Cirugía de Pedro González de Velasco». *Medicina & Historia*, 1, cuarta época [número monográfico].
- PRIETO Y PRIETO, Manuel (1875): «El Museo Antropológico». *La Ilustración Española y Americana*, n.º XVII, 8 de mayo, p. 294; n.º XVIII, 15 de mayo, pp. 307-310; n.º XIX, 22 de mayo, pp. 323-326.

- PUIG-SAMPER MULERO, Miguel Ángel (1982): «El Doctor Pedro González de Velasco y la antropología española del siglo XIX». *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, XXXIV, pp. 327-337.
- PUIG-SAMPER MULERO, M. Á., y GALERA, A. (1983): *La Antropología española del siglo XIX*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- PULIDO FERNÁNDEZ, Ángel (1875): *Reseña del Museo Antropológico del doctor Velasco (sito en el Paseo de Atocha de esta capital)*. Madrid: Imprenta, Fundición y Estereotipia de D. Juan Aguado.
- (1876): *Reseña del Museo Antropológico del doctor Velasco (sito en el Paseo de Atocha de esta capital)*. Madrid: Imprenta a cargo de Julián Peña.
- (1894): *El Dr. Velasco*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de E. Teodoro.
- (1923): «El Dr. Pedro González Velasco. Notas biográficas». *Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria. Actas y Memorias*, II (2-3), pp. 127-137.
- (1926): «Pedro González Velasco». En *Médicos ilustres del siglo XIX. Conferencias leídas en el Ateneo de Madrid por los Doctores Cortezo, Pulido, Goyanes, Pinilla y Luis y Yagüe*. Madrid: Imprenta del suc. de E. Teodoro, pp. 33-65.
- PULIDO FERNÁNDEZ, Ángel, y GONZÁLEZ VELASCO, Pedro (1875): *Discursos leídos en la apertura del Museo Antropológico y Escuela Libre del Dr. Velasco*. Madrid: Imprenta, Fundición y Estereotipia de D. Juan Aguado.
- ROMERO DE TEJADA, Pilar (1992): *Un templo a la ciencia. Historia del Museo Nacional de Etnología*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- RONZÓN, Elena (1991): *Antropología y Antropologías. Ideas para una historia crítica de la antropología española. El siglo XIX*. Oviedo: Pentalfa.
- SANTOS MORO, Francisco de (2006): *La vida en papel de arroz. Pintura china de exportación*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- SIERRA DELAGE, Marta (1982): «El Museo del Doctor Velasco. Proyecto del Marqués de Cubas». *Goya*, 167-168, pp. 287-294.
- URANGA, Evaristo (1973): «Un ilustre anatómico y cirujano con ideas necrofílicas del siglo XIX en Zarauz». *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País*, XXIX (1-2-3), pp. 375-391.
- VALIS, Noël (2011): «Autopsias de lo real: resucitando a los muertos». *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, LXIII (2), pp. 349-378.
- VERDE CASANOVA, Ana M. (1980): «La primera sociedad antropológica de España». *I Congreso Español de Antropología. Actas. Vol. II*. Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 17-38.



GOBIERNO  
DE ESPAÑA

MINISTERIO  
DE EDUCACIÓN, CULTURA  
Y DEPORTE